

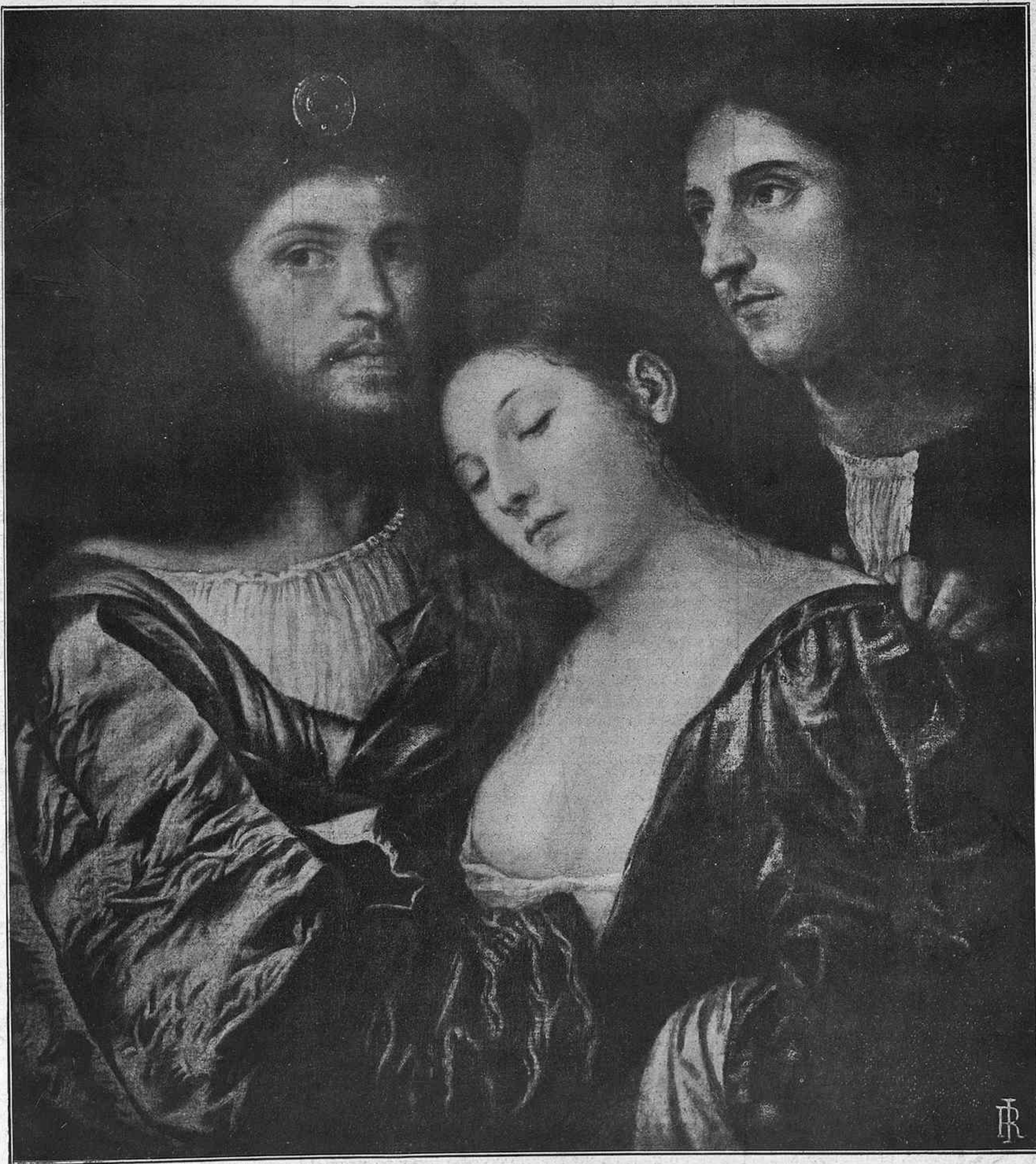
# La Ilustración Artística

AÑO XXVII

BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1908

NÚM. 1.392

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CUADRO RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN FLORENCIA Y ATRIBUÍDO A SEBASTIÁN DEL PIOMBO

(De fotografía remitida por Carlos Abeniagar.)

TR

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el tercer tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

## ISABEL II, ÍNTIMA

apuntes históricos y anecdóticos de la vida y de la época de esta reina española, escritos por el erudito cronista D. Carlos Cambroner, jefe de la Biblioteca Municipal de Madrid, é ilustrados con interesantísimas reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época existentes en los Museos y colecciones particulares.

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Más allá de la vida*, por Noguera Oller. — *Cosas de mujeres*, por José Costa Figueiras. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Bilbao y en París.* — *De Turquía.* — *Actualidades barcelonesas.* — *La colonia escolar municipal barcelonesa de Tiana.* — *El viaducto de Valcarca.* — *El heredero*, novela ilustrada (continuación). — *Arte práctico del alfarero*, por Keighley Snowden. — Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.**—*Cuadro atribuido á Sebastián del Piombo.* — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Más allá de la vida.* — *El hijo pródigo*, escultura de Constantino Meunier. — *Oración*, cuadro de José Benlliure. — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Bilbao y en París.* — *Las fiestas de la revolución turca.* — *La gallina ciega*, cuadro de L. Kowalsky. — *Barcelona. Visita del alcalde accidental Sr. Bastardas á la colonia de Tiana.* — *Colocación de la primera piedra del viaducto de Valcarca.* — *Vista de la barriada de Valcarca.* — *Alumnos del Real Colegio de Arte de Londres en el trabajo.* — *Objetos fabricados por dichos alumnos.* — *Coquetaría*, estatua de Juan Schaffer. — *Wigan (Lancashire Inglaterra).* Terrible explosión de una mina de carbón.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada época tiene sus manías, y la nuestra, que en tantos conceptos se puede calificar de infantil, se ha dedicado ahora á regresar al primer periodo de la niñez; á la lactancia. Todo el mundo está—ó estará muy pronto, en seguida que consulte al doctor—á régimen lácteo.

Que padezcáis neurastenia y empecéis á notar esos síntomas de debilidad, muchas veces precursores de algo más grave; que tengáis propensión al artritismo y á la plétora y necesitéis aligerar y desmaterializar vuestro organismo; que seáis flaco; que seáis gordo; que seáis joven; que seáis viejo; que vuestra sangre esté viciada; que vuestros huesos estén duros ó hechos una cañaheja de puro vacíos de medula y sustancia; que os duela la cabeza ó que os pique la piel; que el estómago funcione mal ó el hígado se insubordine; que se solivante el corazón ó el pulmón se perforé..., la leche y siempre la leche será la base de vuestra restauración física... Que os agrade ó no ese licor procedente de las ubres de «la humilde esposa del valiente toro,» como dijo algún cultilatiniparlante de antaño, habréis de vivir de «lácteos candores,» según escribía otro de la misma secta.

Lo que yo no comprendo es dónde va á encontrar la humanidad tanta leche como, á este paso, necesita y necesitará para lo venidero, cada día más, puesto que la moda se afianza y cunde, y pronto llegará hasta á los países recónditos, africanos ó australianos, donde aún persiste, sofocada y oculta por la civilización, pero vivaz como todo lo tradicional, aquella dulce costumbre prehistórica de la antropofagia.

La cosa se presta á múltiples reflexiones, hasta del orden histórico filosófico. La humanidad ha empezado por beber sangre en cráneos mondos, y acaba por beber leche en vasos de fino cristal. No creáis, sin embargo, que eso de beber sangre fuese cosa ni tan dañosa ni tan horrible como parece á primera vista. Claro es que dicho así, estremece nuestras fibras y evoca recuerdos de horribles tragedias; Macbeth, Atreo, los criminales que el arte ha inmortalizado, desfilar ante nuestra vista envueltos en el rojo sudario de sus atrocidades. La sangre tiene el don de aterrarnos sólo con su nombre... Hay en ello mucho de sugestión. No quisiera hacer una paradoja cruenta, pero debo decir que el hombre es esencialmente un animal... que á cualquier cosa se acostumbra, y á la sangre y carne de sus semejantes fácilmente se aficiona. A pocas sugestiónes es capaz de lo que ni aun en hipótesis concebiría. Y por otra parte, en disfranzándole el aspecto de las cosas, el hombre se las traga como un bendito. Dadle sangre, en forma de morcilla ó de fritanga, y se chupará los dedos. Me diréis, y con sobrada razón, que lo que el hombre come regaladamente es sangre de cerdo, sazónada con varios condimentos gustosos.

«Pero dime, Inés: ¿no aprecias la morcilla ilustre y rica?  
¿Cómo la traidora pica!  
¿Tal debe tener especias!»

No obstante, conviene recordar que la sangre y los despojos y toda la anatomía del cerdo son lo más semejante á nuestra estructura interna..., lo cual debe humillarnos profunda, irremisiblemente. ¡Los sesos del marrano, válgame Dios, tan parecidos á los sesos del sublime Newton ó del divino Wágnner! Así es que, por tan comprobada afinidad, dijérase que debía repugnarnos todo manjar que del cerdo procediese, y debíamos dar la razón á musulmanes y judíos, cuando declaran inmundo ese alimento. Lejos de imitarles, el cerdo en general gusta muchísimo, y se chupa todo el mundo los dedos tras él, indicación clara de que, si no nos hubiesen habituado á mirar con repulsión la vianda humana, también (¡qué grima!) nos relameríamos ante un alemán en salsa ó un inglés á la parrilla, manjares fantásticos de los cuales nos hablan algunos zarzueleros en *cuplés*, tangos y guarachas de estilo asalvajado.

La sangre, la sangre humeante y caliente, según sale de las venas recién abiertas, es un medicamento ordenado por muchos doctores sapientísimos. En París, hay diariamente procesión de enfermos de consunción y languidez á recoger en el Matadero de la Villa el torrente que se escapa de las venas de las reses sacrificadas para el consumo. A grandes tragos, por vasos de á cuartillo, beben rápida y ávidamente el rojo líquido, con el ansia del que absorbe vida...

Esta procesión de bebedores de sangre despierta recuerdos de dramas de la historia. No en balde se llamó «bebedores de sangre» á los revolucionarios terroristas. Hay que buscar la razón de ese apodo en escenas y rasgos donde el antiguo canibalismo resurgió, no en sentido figurado, sino en el concreto y positivo, como suele resurgir la vieja barbarie de la especie al choque de violentas pasiones y de excitaciones más fuertes que los hábitos de humanidad. El caso de la señorita de Sombreuil, del cual tanto se ha hablado y que últimamente se han empeñado algunos escritores, guiados por un objeto de vindicación política, en relegar á la categoría de leyendas, es algo natural dentro de la situación. Como nadie ignora, el padre de esta desventurada señorita era gobernador de los Inválidos y fué aprisionado en la cárcel de la Abadía, donde se encontraba cuando ocurrieron los degüellos de septiembre; carnicerías tan espantosas, que dieron origen al verbo *septembrizar*, sinónimo de lo que aquí más vulgarmente llamamos *escabechar*. La hija de Sombreuil, heroicamente, corrió á disputar á aquellas turbas ebrias de matanza la vida de su padre, y claro es que primero agotaría las súplicas y las lágrimas, y hasta después apelaría á intentar una lucha insensata, que sus débiles fuerzas no podrían ni un instante sostener. Sin embargo, la historia nos dice que veinticinco horas seguidas peleó la señorita de Sombreuil con los asesinos, cubriendo con su cuerpo á su padre. Cuando ya parlamentaron, cuando se trató de imponer condiciones, la vida del padre fué ofrecida en precio de un vaso de sangre humana fresca, que la hija había de beber sin vacilar; y así lo hizo. Por esta vez, lo rescató con la energía del acto tremendo; pero no mucho después, el pobre viejo fué enviado definitivamente á la guillotina...

No comprendo por qué este hecho—al cual se refieren algunos hermosos versos de Víctor Hugo—ha sido negado con tal interés. Está completamente dentro del cuadro de las escenas del Terror. Parece más difícil inventarlo, que el que haya sucedido. Cuando se producen ciertos estados de locura colectiva, resurge el hombre de las cavernas y el hombre de las selvas prehistóricas; el instinto de ferocidad nativa se sobrepone á las nociones de cultura y de humanidad, que nadie ha dejado de recibir, pero que las turbas olvidan completamente en momentos trágicos. Más atroces que el vaso de sangre de la señorita de Sombreuil, fueron los antojos de los que decapitaron á la princesa de Lamballe; y están muy probados. El error de los que sostienen estas vindicaciones históricas, consiste en creer que se achaca á los principios y á las ideas lo que es meramente resultado casi fatal en determinadas circunstancias. Las ideas y los principios son malos ó buenos no porque en un día dado las turbas hayan cometido ó dejado de cometer delitos brutales y estúpidos, sino porque en un largo período de normalidad hayan producido bienes ó males á un Estado constituido y en normal funcionamiento. La Revolución francesa no sería condenable por el vaso de sangre consabido, si hubiese logrado dar á Francia la prosperidad, grandeza y tranquilidad que necesitan las naciones. Si ha fracasado el régimen revolucionario, no es por culpa de

los sicarios de septiembre. Son antipáticos, pero se les hubiese olvidado pronto.

Dejando este tema repulsivo, volvamos al suave régimen alimenticio que los doctores imponen ahora á media humanidad. ¿Dónde se encontrará, repito, leche en cantidad suficiente para tantos parvulitos lactantes? El mundo entero tendrá que cubrirse de praderías, convertirse en una Holanda ó en una Arcadia pastoril. Hay en esto un caso de regresión, algo que nos retrotrae á la soñada edad de oro, cantada por los poetas y ensalzada por Don Quijote. Dado que nada mejor puede hacerse para la salud y hasta para la moralidad—porque el problema lácteo tiene dos aspectos, y al evitar los estragos del vino y del alcohol, sana también el espíritu—que ponerse de leche hasta aquí, debiéramos los humanos volver á aquellos venturosos días en que las zagalas, conduciendo á sus simples corderillos, andaban en trenza y en cabello triscando por oteros y enramadas; y nuestros quehaceres y placeres serían los descritos por Salas en su *Observatorio rústico*: ordeñar

«la leche en una herrada, aunque tosca, muy limpia y aseada, escogiendo con mafia y experiencia las ovejas más gordas y más sanas, y hacer para cenar las migas canas.»

Porque la leche se presta á la confección de mil manjares inocentes y puros como ella; las migas, la cuajada y los varios requesones, el suero, los quesos, las mantecas y natas; y no cabe duda que, si el vino y la carne negra parece que deben criar un corazón airado y una sangre irritable, la leche está indicada para adobar el ánimo y bañar de patriarcal dulzura las costumbres. Cuando leemos el relato de algún bárbaro crimen, es frecuente leer también que los asesinos, cometida la fechoría, descorcharon botellas y empinaron el codó. ¿Verdad que nos extrañaría infinito que la bebida de esos vándalos fuese leche? No concebimos á un hombre que acaba de hacer daño á un semejante, llevando á sus labios un cuenco de leche tibia y espumosa. La leche purifica las entrañas, infunde ideas de paz y de benignidad: por algo se ha dicho de ciertos escritores que bañaba su prosa «la leche de la bondad humana.» Hay una idea de terapéutica moral en el régimen lácteo.

La leche tiene hoy acérrimos partidarios, y son la inmensa mayoría; pero tampoco le faltan detractores. Nadie es doblón de á ocho; del campo mismo de la ciencia médica, desde el cual la leche ha sido preconizada, proceden voces que la desacreditan.

No se crea que la leche es un cúralo todo—repite algunos médicos.—El uso prolongado de la leche como alimento exclusivo, produce el linfatismo; los niños de pecho son siempre linfáticos. La leche, está demostrado, se indigesta lo mismo que cualquier otro alimento, y ¡librenos Dios de una indigestión de leche! Además—y en esto insisten con particular empeño—la leche es el vehículo frecuente del contagio tuberculoso...

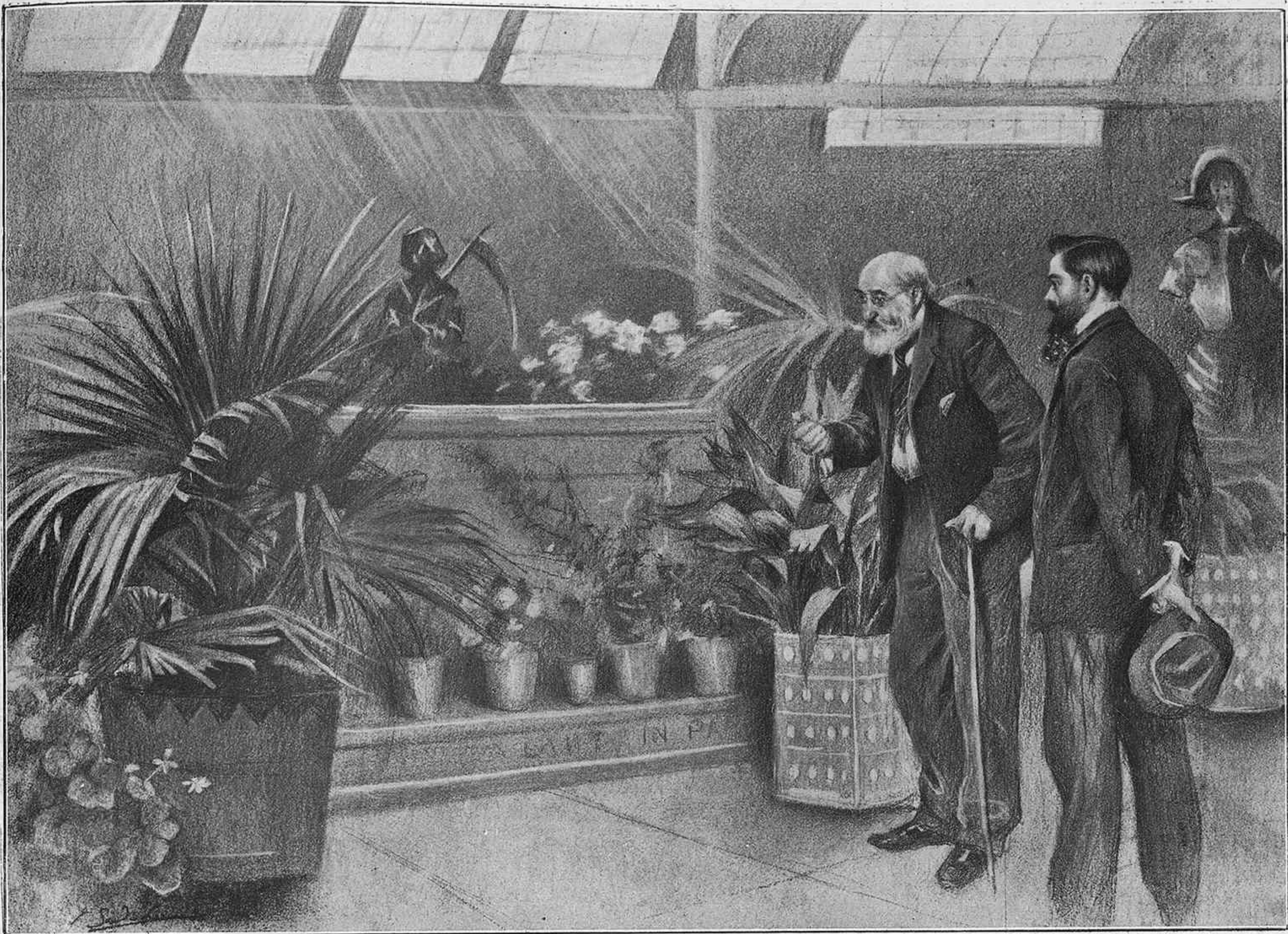
Todas estas incertidumbres nos amargan la vida. Quisiéramos, de una vez, cerciorarnos de lo que es malo y de lo que es bueno. Antes nos decían que nada como la carne, y muy cruda y sanguinolenta; ahora, que volvamos á la primera época de la vida, y chupemos nuestro biberón cada tres horas... El buey, la ternera, fueron antaño nuestro sustento; la vaca es ahora nuestra providencia... ¿Por qué cayó de su pedestal el *beefsteack* «poco hecho?» ¿Por qué los jugos y extractos de vianda ya apenas se recetan, y se les acusa de producir todo género de trastornos?

No sabe uno á qué carta quedarse: la incertidumbre y el escepticismo nos asaltan. ¿Verdad que se dijo, y aún se dice, que las moscas se entretenían en llevar y traer, ni más ni menos que si fuesen comadres, los gérmenes de un sinnúmero de infecciones? Pues hete aquí que de improviso nos dicen que, al contrario, los apreciables dípteros, se dedican á comerse los microbios más dañinos y nos prestan así servicios incalculables. Yo, no obstante, prefiero privarme de tales beneficios y no escuchar el zumbido de la *musca doméstica* de Lineo, ni encontrar sus asquerosos despojos en la sopa. Los microbios, como ni se ven ni se oyen, molestan infinitamente menos; hasta nos lanzaríamos á decir que no molestan nada. «Ojos que no ven, corazón que no quiebra...» ¡Se vive con los microbios tan ricamente!

La verdad es que la ciencia, metida á rehabilitar, no se queda corta. Nos demuestra que el sapo es utilísimo, la araña modelo de laboriosidad, la víbora una pobrecilla criatura sin veneno, y la mosca un excelente *detective* que vela por nuestra seguridad y salud... Nuestro siglo deberá llevar el nombre de siglo de las rehabilitaciones. Nadie es malo, lo cual equivale á sentar que nadie es bueno...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## MAS ALLÁ DE LA VIDA, POR NOGUERAS OLLER



Era una extraña cámara mortuoria, con la techumbre de cristal...

No hace mucho que visité á un anciano poeta. Su casa es humilde y risueña como sus blancas hermanas de la playa. Lo mismo que ellas está adornada de una franja azul, tan azul, que parece que el mar con su color intenso las haya teñido el pie.

¡Son unas bellas casas, las pequeñas y relucientes casas de pescadores!..

Huelen á sol y á brisa marina como los botes. Con sus cruces de palma seca á la puerta. Con sus macetas encarnadas en las ventanas. Con sus abuelos fumando, fumando de cara al mar. Con sus mujeres color de cobre y de ojos azules, remendando redes.

Mi anciano escritor tiene un clavel en la puerta, sobre el picaporte; un clavel rojo como un coágulo de sangre, que él renueva todos los días. Es el corazón del poeta, siempre á merced de quien llame á su casa.

Carlos Bonom, así se llama el anciano, es el patriarca de aquel lugar. Todo el mundo le conoce, le agasaja, le quiere. Los niños del vecindario saborean sus pastas secas de almendra y piñón, que huelen á alcanfor, mientras él les refiere los más interesantes relatos de aventuras no menos prodigiosas que las de Gulliber.

Las más lindas muchachas, tímidas de emoción y de vergüenza, golpean suavemente los vidrios de su ventana llena de flores, con el corazón rebosante de palabras dulces y locas que no saben traducir al papel...

Y el poeta está pronto.

Nada más interesante que verle encorvado sobre el papel tan blanco como sus cabellos; con las gafas puestas; abrumado por el doble esfuerzo de improvisar las palabras más dulces y amorosas, á pesar de su senectud, y de hacer la letra clara, muy clara, á pesar del temblor de su mano.

Improvisa á vuela pluma las más bellas estrofas, colocando los versos uno á continuación de otro, imitando la prosa de una carta vulgar, con el bondadoso fin de que quepan más letras en las cuatro caras.

A mí me sorprende la infinita modestia del anciano escritor. Lejos de publicar sus bellas creaciones

literarias, cifra toda su vanidad de poeta en oirlas de los rojos labios de sus bellas vecinas. Corren de boca en boca, como nuevas narraciones populares, y diríais que flota sobre las blancas casas de aquella aldea de pescadores un ambiente de poesía y de belleza tan seductor que en vano buscaríamos en las ciudades más cultas y febricantes del mundo civilizado.

Carlos Bonom se sentía griego, viviendo en el oro ardiente de la playa, bajo el azul purísimo del cielo y ante el azul enérgico del mar.

Predicaba la vida sin ningún rencor á la muerte, sin sombra de temor al eterno reposo; pues para él, solo existía el eterno trabajo, la incesante transformación de las cosas hacia organismos nuevos.

Adoraba á la muerte como si fuese una divinidad creada para mantener eternamente el equilibrio de la vida.

La última vez que le visité, enteréme de esta teoría suya, poco común, desgraciadamente, entre los hombres.

Mirábamos el mar, y yo, alucinado por su majestuosa belleza, lamentéme de que fuese tan cruel para los hombres albergando la muerte en sus entrañas. Sin proferir una sola palabra, cogíome de una mano y me obligó á seguirle.

Empujó una puerta y quedé profundamente sorprendido.

Era una extraña cámara mortuoria, con la techumbre de cristal para que ni un rayo de sol se perdiera. Una especie de panteón semi-invernáculo, donde florecía en todo tiempo una infinita variedad de flores.

En el centro, guarnecida de claveles rojos y amarillos, de toda especie de claveles, de rosas te, de rosas blancas y sangrientas, de las más bellas rosas, había una pequeña estatua de la muerte, tallada en marfil.

Y en las paredes, en los ángulos, en todas partes de aquella estancia original, había una multitud de objetos los más raros y antiguos, un verdadero museo de antigüedades y de objetos y atavíos de mujer, todo disperso y rodeado de macetas de lilas, de tientos de gardenias, ánforas con amapolas, jarros con crisantemos, vasijas con geranios, grandes latas llenas

de dalias, de nardos, de siemprevivas, de lotus, de rosas, de claveles, de lirios; flores de todas clases, de todos colores, de todo perfume, desde la humilde violeta á la presuntuosa peonía; ¡todo un mundo de flores!..

Legión de recuerdos muy queridos que acompañaban el busto de una mujer también adornado de flores.

Yo estaba estupefacto. El penetrante perfume de aquella estancia de tan prodigiosa fecundidad, de vida tan intensa, me mareaba. Me sentía morir, ahogado por un mar de perfumes.

Olas de esencia de nardos rompiéndose contra oleajes de heliotropos, contra perfumes de violetas que flotaban sobre aquel mar de aromas, como exquisita espuma...

El poeta anciano abrió todas las ventanas y me dijo mientras la brisa marina despejaba el ambiente: —La muerte es la vida misma. Yo adoro á la muerte.

Y después de manifestarme multitud de razones por las cuales condenaba el terror que nos produce morir, me contó el motivo por que adoraba á la muerte.

—Cuando joven... Le advierto á usted que me transporto treinta y seis años atrás... Sí, sí, cumplía entonces los treinta... Mis padres empezaban á ser viejos ya, y no me ocultaban su deseo de verme lo más pronto casado.

La elección corría de mi cuenta; sin embargo, la posibilidad de equivocarme me infundía verdadero terror y me volvía taciturno.

Por otra parte sentía una tan grande necesidad de satisfacer el deseo de mis padres, que hubiese dado al momento la mitad de mi fortuna á quien me hubiese podido indicar una buena muchacha capaz de ser feliz conmigo y hacerme dichoso.

Por fin, quieras que no, me prometí algún tanto prendado de unos bellos ojos, y todo mi trabajo durante el día era rogar á la noche que llegara pronto para embebecerme oyendo una voz suave como trino de pájaro.

Era una chica prodigiosa mi prometida. Aunque pobre de fortuna, tenía todo el gesto de una princesa intachable.

Habitaba no lejos de mi casa, en el último cuarto de un edificio viejo y ruinoso, con su madre y su hermana, una joven modesta y triste que yo tomaba por hipócrita y ruin. Nunca levantaba los ojos, y cuando yo, á pesar de la aversión que me causaba, le decía algo, cambiaba de color y apenas acertaba á responder... Isabel me hablaba tan mal de ella, que yo casi la profesaba rencor.

El día fijado para nuestro enlace se acercaba rápidamente, pues aunque yo opinase todo lo contrario, en mi loca impaciencia, casi podíanse contar con los dedos los días que faltaban.

Así las cosas y á no ser la muerte repentina que me sobrevino al caerme de cabeza en el terrado de su casa, hubiese sido el más infeliz de los hombres. Fueron por mis padres, avisaron al doctor y hube de presenciar afortunadamente las escenas más desesperantes y aterradoras.

Tendido en la cama de Cristina, la hermana de mi novia—pues para escapar de los trámites consiguientes á toda muerte sobrenatural, el médico creyó prudente no sacarme de aquella casa,—asistí sin poder proferir protesta ni señal alguna á la sombría tarea de transformar la estancia en cámara mortuoria.

Mi madre me veló llorando hasta media noche... La arrancaron de mi lado, y las dos hermanas, completamente solas, cuidaron de mí. Isabel tenía los ojos secos y en su bello semblante de princesa una resignación brutal que me hacía morir. Cristina no... Cristina...

Al llegar aquí, mi anciano poeta se levantó con los ojos anegados, acercóse al busto de mujer é imprimióle el beso más tierno... Y sin dejar de rodearlo con sus brazos, concluyó así su lúgubre narración:

—Cristina toda la noche tuvo sus llorosos ojos posados sobre mis párpados ligeramente entreabiertos; ojos fijos y persistentes; una mirada, en fin, que nunca jamás había observado á nadie, que parecía alejarse de la realidad de las cosas, hundirse más allá de la vida perforando mi cadáver y escudriñar el otro mundo.

—¡Oh, qué sueño!.. Me voy á dormir, exclamó de pronto mi prometida arrojando el pañuelo que había empapado las pocas lágrimas que había vertido. ¡Bah! ¿No contestas? Parece que te lo comas con los ojos. ¡Al fin es tuyo!.. Sí, tuyo, porque yo... ¡Yo no quiero eso!

—Mío... ¡Mío para siempre!.., profirió Cristina con voz ahogada.

Isabel, con un profundo gesto de desdén, entornó tras de sí las vidrieras, y mi desconsolada veladora cogió mi mano y la besó con el mayor recelo, como si temiese ofenderme...

El dulce calor de su boca corrió por mi sangre, me encendió el corazón y mis nervios tuvieron un sacudimiento tan leve, que era imposible de ser experimentado por Cristina á no haber dependido su vida de mi propia existencia.

Abalanzóse sobre mi cuerpo y me miró los ojos, muy adentro...

El aliento tibio y anhelante de su boca abierta sobre la mía me llenó de un agradecimiento tan grande hacia la muerte, que ésta, justamente enternecida, hizo fulgurar una llama en mis ojos.

—¡Vive!.. ¡Vive!..

Me casé con ella. Hace dos años que murió en mis brazos, contenta de haberme hecho feliz y de haber sido dichosa.

Hace dos años que espero... ¡qué sé yo lo que aguardo!..

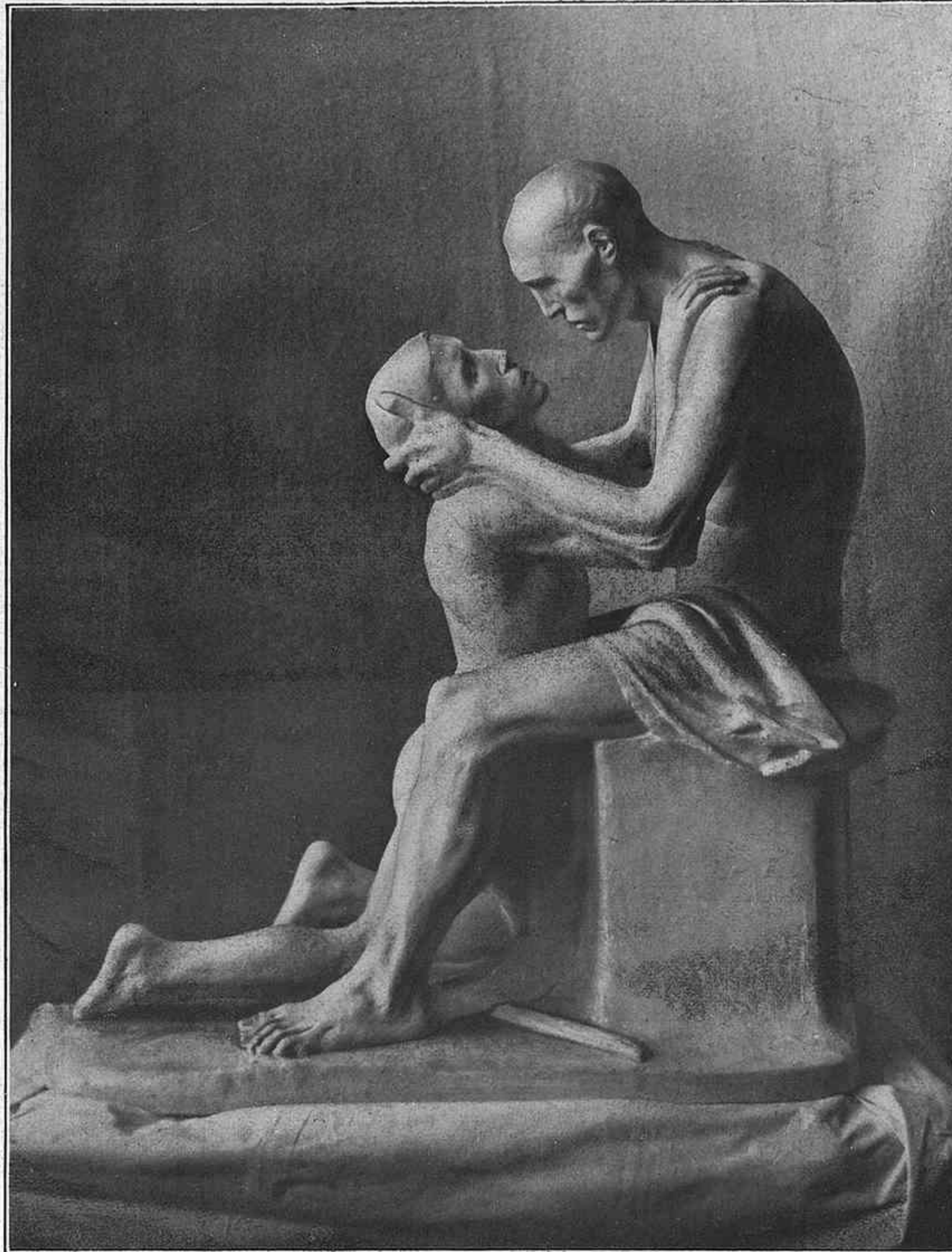
Dígame usted, ¿verdad que debo adorar mucho á la Muerte? Vivo mas allá de la Vida...

(Dibujo de Sardá.)

## COSAS DE MUJERES

En las sillas, sobre la cómoda, tirados por el suelo, muchos libros; sobre la mesa, papelotes, cuartillas, unos guantes, un tintero sucio; ante la mesa, Javier, apoyada su frente en la palma de la mano, meditaba sobre las palabras de D. Juan. No le dejaban tranquila la memoria.

—Haga usted algo que suene... Sálgase usted de la vulgaridad, amigo mío. No quiero que mi hija se case con un buenazo... Haga usted algo. Después, veremos.



El hijo pródigo, escultura de Constantino Meunier

Javier quería con toda su alma encontrar ese algo. Nada se le ocurría. Por su magín, en desorden, pasaban proyectos y más proyectos: ninguno era factible. Haciéndose la cuenta de que sin la posesión de Elvira no le fuera dable soñar en felicidades ni ambiciones, rebuscaba en su frente un plan salvador. Periodista de salón, cronista de atildado estilo, no se sentía capaz de lanzarse en aventuras de política, para conquistar las llaves de esa puerta, por donde los audaces se cuelan en el palacio de la gloria. Además, eso era largo; precisaba cosas más rápidas. D. Juan quería algo que sonara: un gran triunfo ó un gran escándalo. Javier habría de optar por una cosa de las dos. Era el padre de Elvira un monomaniaco de la popularidad; de joven pasó plaza de galante y atrevido; sus aventuras diéronle fama de Tenorio. De aquella borrascosa juventud sacara don Juan la convicción de que no podía ser caballero quien no fuera un trasto. Aseguraba él que los hombres desprovistos de travesura son forzosamente hipócritas y, como tales, incapaces de nada noble.

No tenía Javier refugio; forzosamente habría de meterse en aventuras. Si no valiente, tampoco era cobarde el periodista; entre una acción gloriosa y una notoriedad adquirida por una salida de tono, prefería ésta. Era más factible, menos trabajoso. Así como así, la fama de muchos en eso descansa: en el escándalo. La idea comenzaba á halagar la mente de Javier. Necesitaba dar un espectáculo. ¿Cómo? De cualquier manera; le era igual. Su Elvira ante todo: había que ganarla.

Puesto á discurrir, recordó Javier que D. Juan, como buen militar, era un devoto serviente de los

«lances de honor.» Javier se batiría. Y levantándose, paseó por la estancia y planeó su idea.

Se supo lo ocurrido con la rapidez con que se saben las llamadas «noticias de sensación.» El periodista Javier Linares, por una futesa, había abofeteado en pleno casino al heredero del marqués de Alubia. Los padrinos celebraban continuas conferencias. Guardábase reserva. La prensa comentaba lo ocurrido entre «los dos caballeros.» Se imponía una «reparación.»

Entre comentarios y pronósticos, pasó todo el día. En los círculos había impaciencia por saber noticias. ¿Quién sería el vencedor? Javier no era muy hábil en el manejo de la pistola. El marquesito tiraba como un perfecto *gentleman*: vencería. Sin embargo... Dar con una bala en el cuerpo de un hombre no es obra de romanos. Javier podía acertar...

Por fin. Se habían portado caballerosamente. Ocuparon sus puestos; el juez de campo dió las tres palmadas; sonaron las detonaciones... El marquesito de Alubia cayó con un hombro atravesado por el pedazo de plomo.

Javier había hecho «algo.»

Al día siguiente—no esperó más—Javier se presentó en el despacho de D. Juan. Este le recibió afablemente. Le hizo sentar, preguntóle detalles del lance, tenía inmejorables referencias de la corrección de ambos contendientes. ¡Ah, cuando él tenía 24 años!.. Después hablaron de «lo otro.» Se trató de la mano de Elvira.

—¿Usted tiene la seguridad de que mi hija le quiere?

—¿Del cariño de Elvira? Segurísimo. Sí, señor...

—Bien, mi amigo, bien...

Aquí una pausa.

—Bueno—siguió D. Juan.—Pues vaya usted á verla. Que me lo diga ella. Yo no me opongo. En estas cuestiones siempre me coloco en última fila.

Javier, alegre, nervioso, no acertaba á dar las gracias.

—Vaya, vaya usted—decía «el papá» sonriendo.

Era una solución á su embarazo. Javier no se hizo repetir la orden. Por la escalera iba el periodista soñando en ser feliz. Elvira, al salir de misa, se enteraría de la buena nueva. De la felicidad ansiada no les separaba sino un paso. Salió á la calle. Algunos hombres le miraron curiosos, hablando entre sí:

—Se ha batido ayer... El otro salió herido. Dicen que está grave.

Javier oyó el dicho. No sintió remordimientos, pero no pudo menos que reflexionar en la buena acogida de D. Juan después de haber hecho el «algo» prevenido. Reflexionando, no le parecía cosa justa que la sociedad tuviera aplausos para quien hacía correr la sangre de otro hombre que ningún daño le había hecho. Pero acalló pronto sus pujos de filósofo. Elvira volvió á llenarle todo el cerebro. Caminaba el periodista á grandes zancadas; ya pronto divisó la iglesia. Y entonces se le acercó una joven con un papel en la mano. Era Luisa, la criada de D. Juan:

—Señorito... La señorita Elvira me dió esta carta. Ella sabe que se ha «peleado» usted. Creo que está muy disgustada...

Javier rasgó el sobre sonriendo, con ademán tranquilo, como quien espera un reproche para perdonarlo. Y leyó:

«Le creí á usted un hombre de corazón y me equivoqué al creerlo. Yo no podría casarme con un «camorrista.» Triunfos como el de ayer no los aplaude Elvira.»

Cuando alzó la mirada, saliendo de su asombro, murmuró el periodista:

—Cosas de mujeres.

Y se marchó calle adelante. Uno, que le vió, dijo después que Javier llevaba los ojos llenos de lágrimas. Tantas cosas se dicen...

JOSÉ COSTA FIGUEIRAS.



ORACIÓN, cuadro de José Benlliure

## S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BILBAO Y EN PARÍS

A las cuatro y media de la tarde del día 15 entraba en el puerto de Bilbao el yate real *Giralda*, á cuyo bordo iba D. Alfonso XIII. Apenas desembarcado y cambiados los saludos de rúbrica, dirigióse el rey en automóvil al santuario de Begoña, en donde se celebraba la tradicional y famosa romería. Visitó la capilla, adoró á la Virgen y regresó á Bilbao entre las aclamaciones de la multitud.

Al día siguiente, después de haber oído misa en el *Giralda*, presenció desde el edificio flotante del «Sporting-Club» las regatas, tomando parte en una de ellas con su balandro *Corzo*. Por la tarde asistió al concurso hípico.

En la mañana del lunes asistió á las regatas, ganando un primer premio; por la tarde visitó el Certamen del Trabajo, el hospital de Basurto y la Asociación Vizcaína de la Caridad, y por la noche concurrió al teatro Arriaga, en donde se daba una función á beneficio de la Casa de Misericordia y del Hospital Civil.

El 18 tomó nuevamente S. M. parte en las regatas, tripulando en unión del infante D. Luis de Orleans el balandro *Zape*, visitó por la tarde el nuevo cuartel de la Reina Victoria y desde allí se dirigió al campo de Basurto, en donde presenció los ejercicios del regimiento de Garrellano, y al concurso hípico.

El miércoles obsequió el rey con un almuerzo en el *Giralda* á varias personalidades notables de Bilbao y á algunos senadores y diputados; visitó luego la Granja modelo de Abadiano, asistió al concurso hípico y por la noche al baile que en su honor dió el Club Marítimo del Abra.

Al día siguiente, después de haber tomado parte en las regatas, en las que ganó varios premios, y almorzado en casa de los condes de Heredia Spinola, estuvo en los talleres de la Compañía Euskalduna; por la noche concurrió al nuevo teatro de Portugalete.

El 21 efectuóse la regata-cruceiro de Portugalete á

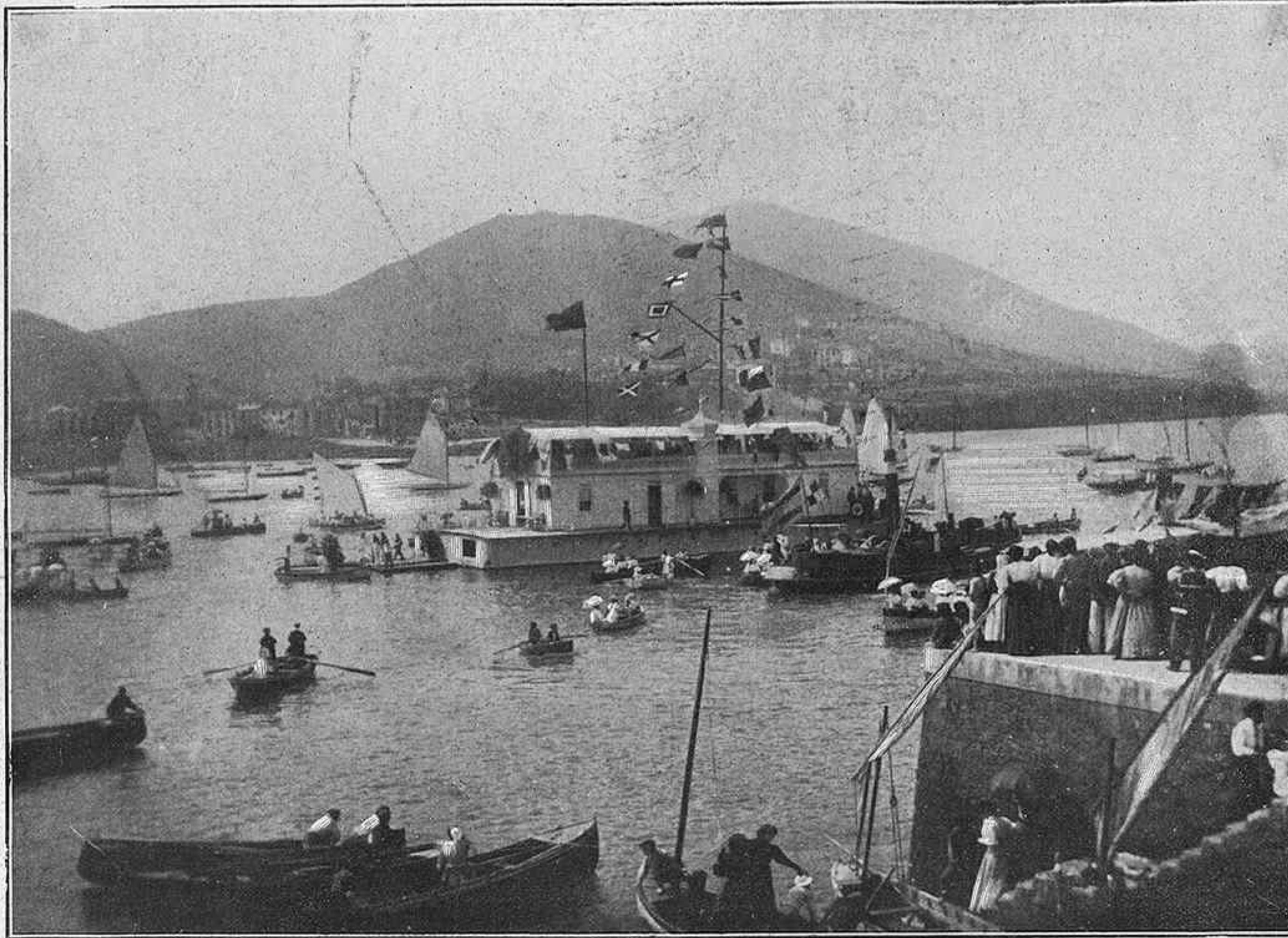
Castrourdiales, en la que el rey ganó uno de los premios; terminada aquélla, celebróse en el jardín de Murga, del último de los citados pueblos, un ban-

dis, en el que dedicó un sentido párrafo á su augusta madre, y al que contestó con oportunas frases de gratitud y entusiasmo el presidente de aquella sociedad Sr. Arana.

Terminado el banquete, S. M. la reina madre procedió al reparto de los premios de las regatas, y concluido este acto, marcharon los reyes en canoas automóviles al *Giralda*, que á las cuatro de la tarde levó anclas con rumbo á San Sebastián, adonde llegó á las ocho de la noche. El rey se proponía ir á Inglaterra por mar, pero el deseo de poder recibir continuamente noticias de los asuntos de Marruecos le hizo desistir de su propósito y decidirse á hacer el viaje por tierra. Así es que tres horas después de haber llegado á la capital de Guipúzcoa, salió del palacio de Miramar en automóvil, acompañado del general Echagüe, del conde de Aybar y del Sr. Palomino, y en Biarritz tomó el rápido de París.

A pesar de que en la capital de Francia sólo tenían noticia del viaje del rey el embajador de España, el prefecto de policía y el ministro de Negocios Extranjeros, fueron muchos los que acudieron

á la estación á saludar al joven monarca, que de tantas simpatías goza entre los parisienses. D. Alfonso, que fué recibido por los marqueses del Muni, por el personal de la embajada, por el prefecto de policía Sr. Lepine y por el subdirector del protocolo señor Douchement, quedó agradablemente sorprendido por aquella cariñosa manifestación popular y se dirigió en automóvil hacia el Bosque de Bolonia. En Longchamp se apeó y por el paseo de las Acacias encaminóse á pie al pabellón de Armenonville, en donde almorzó, dirigiéndose después al palacio de la embajada. Allí permaneció hasta las tres y media, y á las cuatro tomó el rápido de Boulogne, adonde llegó á las siete, embarcándose inmediatamente en el *Onward* con dirección á Folkestone y habiendo llegado á Londres á las once de la noche. — S.



Bilbao.—El Sporting Club empavesado con motivo de la fiesta celebrada en honor de S. M. el rey D. Alfonso XIII. (De fotografía de Asenjo.)

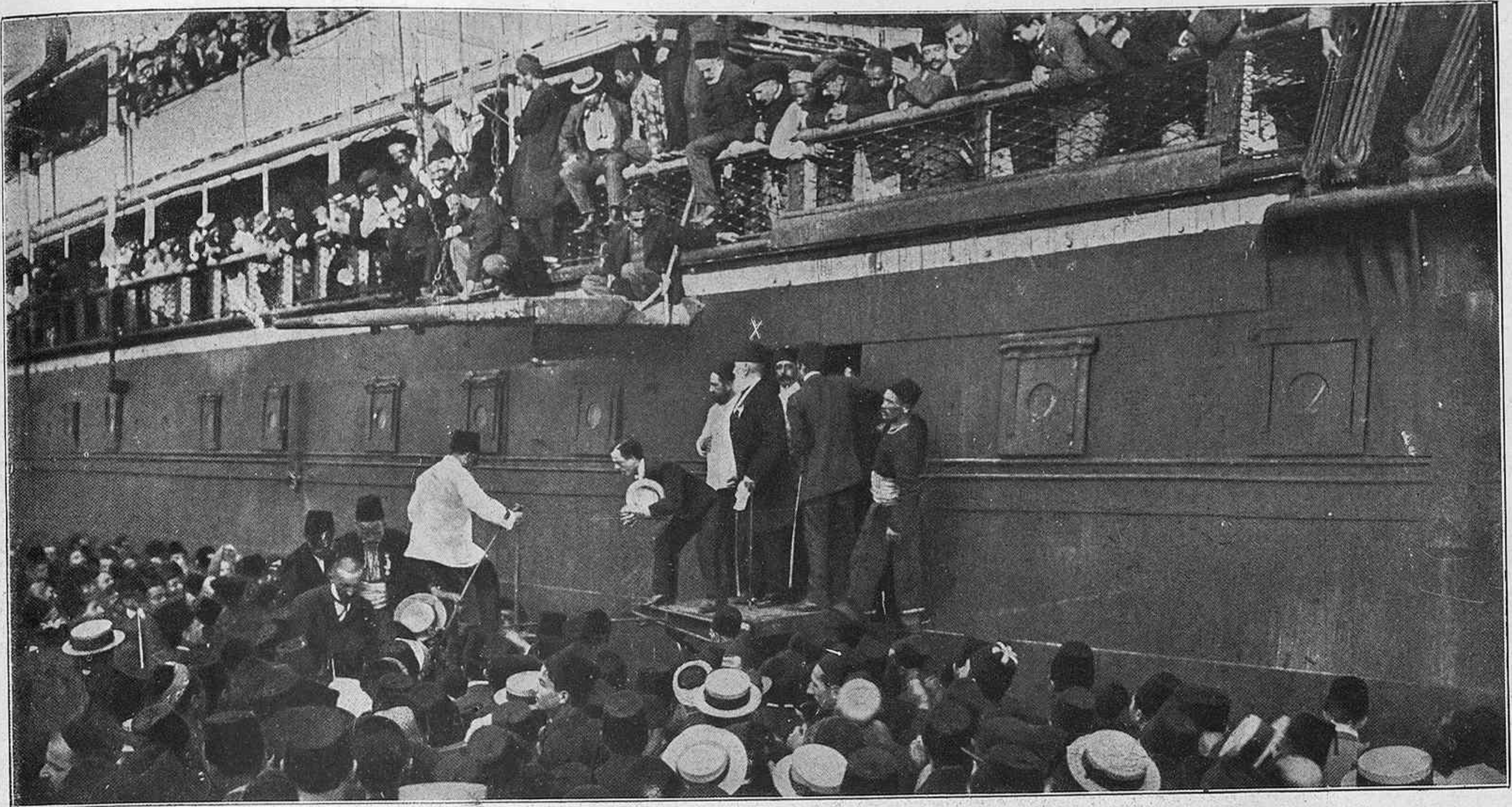
quete en honor de S. M., quien por la noche asistió á la función de gala del teatro de los Campos Eliseos.

D. Alfonso XIII obsequió el sábado con un almuerzo en el *Giralda* á las autoridades bilbaínas, recibió luego á varias comisiones y por la tarde concurrió al Frontón Euskalduna, en donde se celebró un festival á beneficio de las víctimas de la última galerna y del Colegio de Sordomudos y de Ciegos de Deusto.

A las diez y media de la mañana del domingo llegó á Bilbao S. M. la reina doña María Cristina, quien en automóvil dirigióse á Portugalete; allí se embarcó, llegando poco después al *Giralda*, en donde la esperaba el rey. D. Alfonso y doña María Cristina asistieron al banquete que en honor suyo dió el Sporting Club; el rey pronunció un elocuente brin-



S. M. el rey D. Alfonso XIII en París.—El embajador de España Excmo. Sr. marqués del Muni y su esposa saludando á D. Alfonso XIII al bajar éste del tren.—S. M. á la salida de la estación; delante de él va el prefecto de policía M. Lepine. (De fotografías de Trampus.)



Las fiestas de la revolución turca.—Llegada de Fuad-Bajá (X) á Constantinopla. (De fotografía.)

DE TURQUIA

El regreso del ilustre desterrado Fuad-Bajá á Constantinopla ha sido triunfal. Fuad-Bajá, educado en la Escuela Politécnica de París, uno de los pocos generales turcos que cuentan en su hoja de servicios victorias obtenidas en los campos de batalla, hombre de ideas liberales y de sentimientos humanitarios, cayó en desgracia de su soberano, y hubo de expatriarse estableciéndose en Damasco.

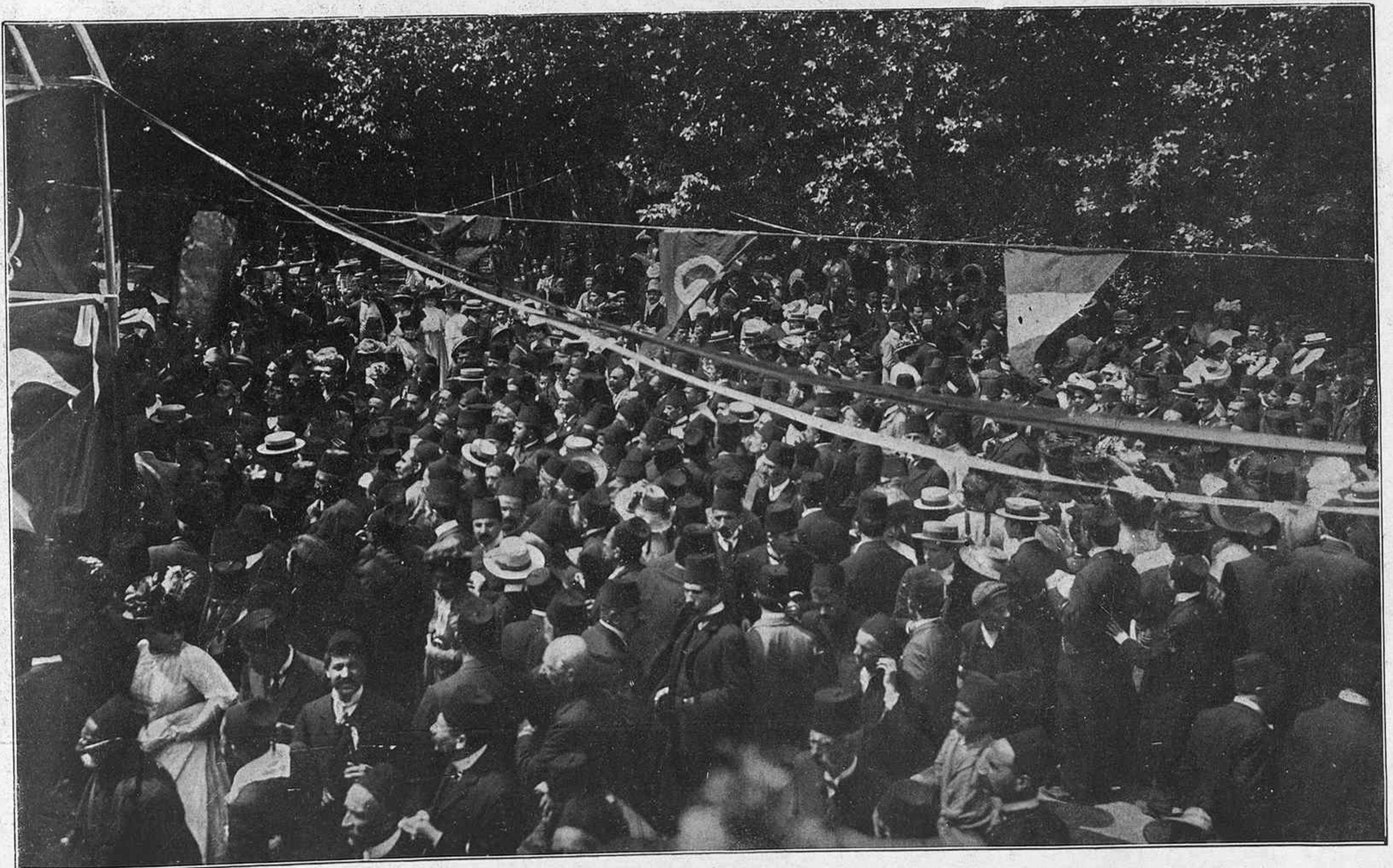
Dícese que hace unos meses Abdul-Hamid, sea porque comprendiese la injusticia de su proceder,

sea porque, presintiendo lo que había de ocurrir, quisiese congraciarse con importantes elementos liberales, le mandó á decir que había olvidado el pasado y que gustoso le indultaría; á lo que Fuad-Bajá contestó que agradecía la magnanimidad del sultán, pero que no habiendo cometido ninguna falta no podía aceptar medida alguna de clemencia.

La revolución turca le ha sacado de su destierro, y el día 12 de este mes llegaba á Constantinopla á bordo del *Senegal*, siendo recibido con delirante entusiasmo por una multitud inmensa que se apiñaba en los muelles, en los buques anclados en el Bósforo

y en centenares de embarcaciones, por entre las cuales apenas podía abrirse paso el transatlántico.

Al día siguiente efectuóse una imponente manifestación que, después de recorrer, entre aplausos y aclamaciones, varias calles de la ciudad, se dirigió al jardín del Taxim. Allí se pronunciaron muchos discursos; uno de los oradores fué Fuad-Bajá, quien en una fogosa arenga exaltó la libertad conquistada y juró verter hasta la última gota de su sangre en su defensa. Una ovación formidable coronó las palabras del orador, en quien tienen puestas, con razón, sus esperanzas los constitucionales turcos.—R.



Constantinopla.—Gran manifestación en los jardines de Taxim á la memoria de las víctimas de la libertad (De fotografía de Carlos Trampus.)



LA GALLINA CIEGA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE L. KOWALSKY. (Copyright 1907 by Braun, Clement & C<sup>o</sup> Dornach.)



## ACTUALIDADES BARCELONESAS

## LA COLONIA ESCOLAR MUNICIPAL BARCELONESA DE TIANA

El Ayuntamiento de Barcelona, prosiguiendo su meritisima obra de las colonias escolares veraniegas, ha enviado también

en donde se improvisó una velada literario-musical, en la que los niños de la colonia escolar cantaron el *Himno á Tiana*, letra de D. José A. Trías y música de D. Tomás Buxó. Después obsequióse á los asistentes con un *lunch*, terminado el cual se distribuyeron entre los escolares estuches de objetos de dibujo y escritorio y ejemplares de la obra *Recorts de Tiana*.

nerlo poco menos que aislado, pues una riera se opone á su fácil comunicación con el paseo de la Diputación, vía de enlace que une á Barcelona y á Gracia con el Putxet, San Gervasio y la Bonanova, núcleos de población de no escasa importancia. Este inconveniente desaparecerá en breve, gracias al viaducto que el Ayuntamiento barcelonés ha acordado construir, dando con ello pruebas de que dedica sus actividades, no sólo á la mejora de la ciudad, sino también á mejorar y embellecer los pueblos agregados.

La ceremonia de colocar la primera piedra del viaducto efectuóse el día 24 de los corrientes. Desde media tarde la banda municipal tocó varias composiciones, y á las seis llegó una numerosa comisión del Ayuntamiento, siendo recibida por nutridas representaciones del Fomento de Vallcarca y de la junta de festejos. Concurrieron además al acto un delegado del gobernador, el ingeniero de caminos Sr. Cabestany, el diputado á Cortes Sr. Marial, el diputado provincial Sr. Calvo y otras muchas personalidades.

Después de leído por el secretario Sr. Planas el acuerdo consistorial relativo á la construcción del viaducto, el Sr. Trilla, en nombre de los propietarios de Vallcarca, pronunció algunas frases de gratitud al Municipio por haber acordado una mejora tan importante.

El alcalde accidental Sr. Bastardas, después de exponer los buenos propósitos que animan al Ayuntamiento en beneficio de Barcelona y de los pueblos agregados, habló de la obra que se inauguraba, del proyecto de convertir en paseo la riera de Vallcarca, y de otras mejoras; dedicó grandes elogios al señor Marial, iniciador del viaducto, y terminó aconsejando á los propietarios que cooperen á las mejoras que tiene en planta el Ayuntamiento.



Barcelona. — Colonias escolares municipales. Visita del alcalde accidental Sr. Bastardas á la colonia de Tiana. Grupo de niños de la colonia con el Sr. Bastardas y los profesores Sres. Noguera y Ruf.

este año varios grupos de niños y niñas á distintos pueblos de la costa ó de la montaña. De todos ellos se reciben las mejores noticias y en todas partes las autoridades locales, las gentes del país y los forasteros rivalizan en hacer lo más agradable posible la estancia entre ellos de aquellos pequeñuelos de modesta condición que, gracias á los cuidados de nuestro municipio, pueden disfrutar de los encantos de la naturaleza y fortalecer sus débiles organismos respirando los aires puros del mar ó del bosque.

Hace pocos días, nuestro alcalde accidental Sr. Bastardas visitó una de esas colonias, la instalada en Tiana; acompañado por el alcalde de aquella población Sr. Bruguera, después de ver las dos escuelas en donde están los comedores y dormitorios de la colonia, dirigióse al pintoresco sitio denominado la *Converla*, en donde les aguardaban, con sus profesores D. Jaime Noguera y D. Modesto Ruf, los niños, que hicieron al alcalde un recibimiento en extremo cariñoso. Cantaron los escolares



El Sr. Bastardas presenciando la distribución de la comida á los escolares. (De fotografías de A. Merletti.)

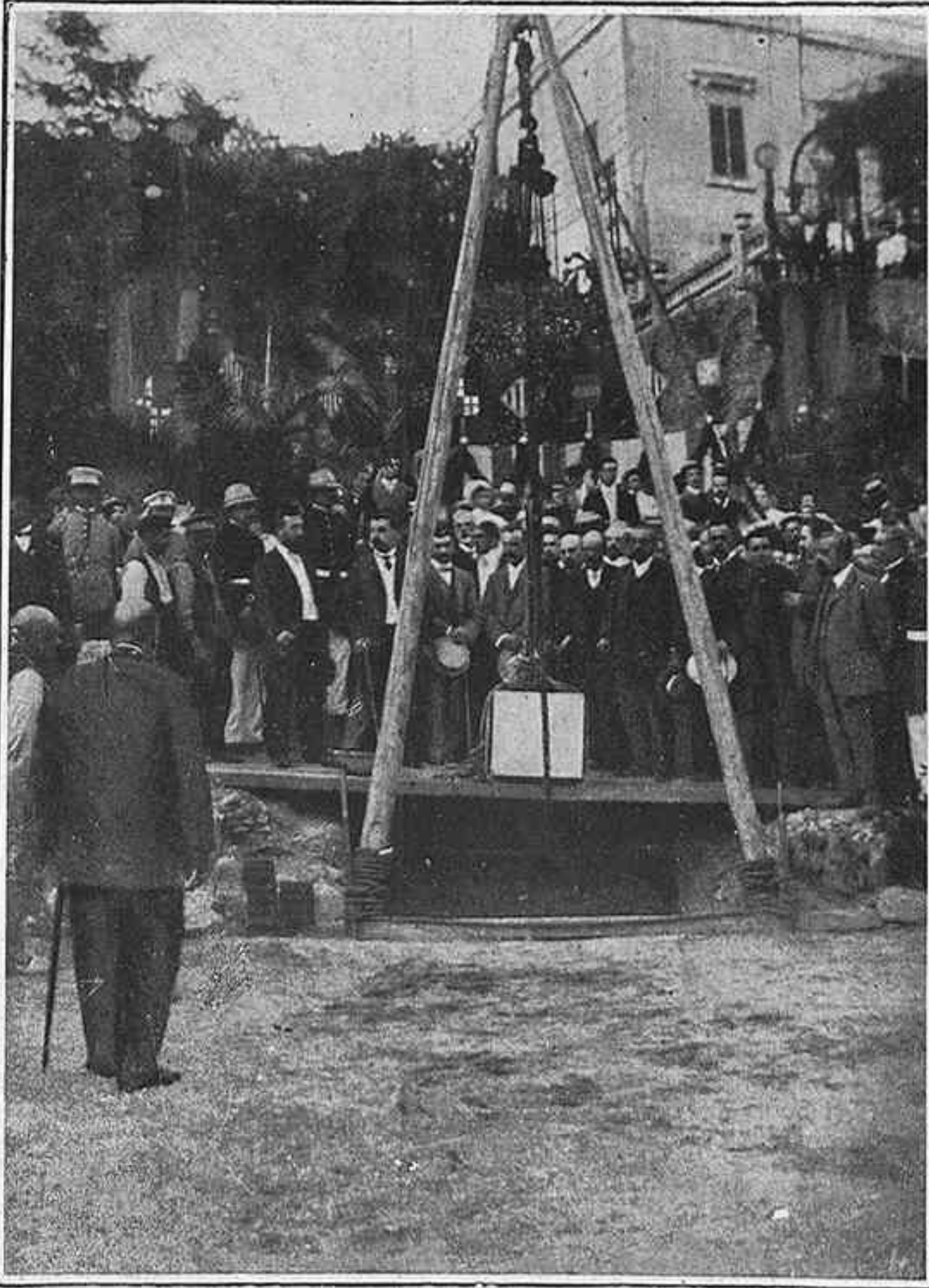
## EL VIADUCTO DE VALLCARCA

El pueblecito de Vallcarca, hoy barriada de Barcelona, es uno de los sitios más pintorescos de los alrededores de nuestra capital. Ocupando hace pocos años únicamente una hondonada, poco á poco ha ido extendiéndose por las colinas inmediatas, en la actualidad pobladas de gran número de casitas y quintas de recreo.

Pero su situación especial tiene el inconveniente de mante-

Después procedióse con las formalidades de costumbre á la colocación de la primera piedra, siendo luego los invitados obsequiados con un *lunch* que se sirvió en un lujoso entoldado y durante el cual pronunciaron discursos, que fueron muy aplaudidos, los Sres. Marsans, Bastardas y Marial.

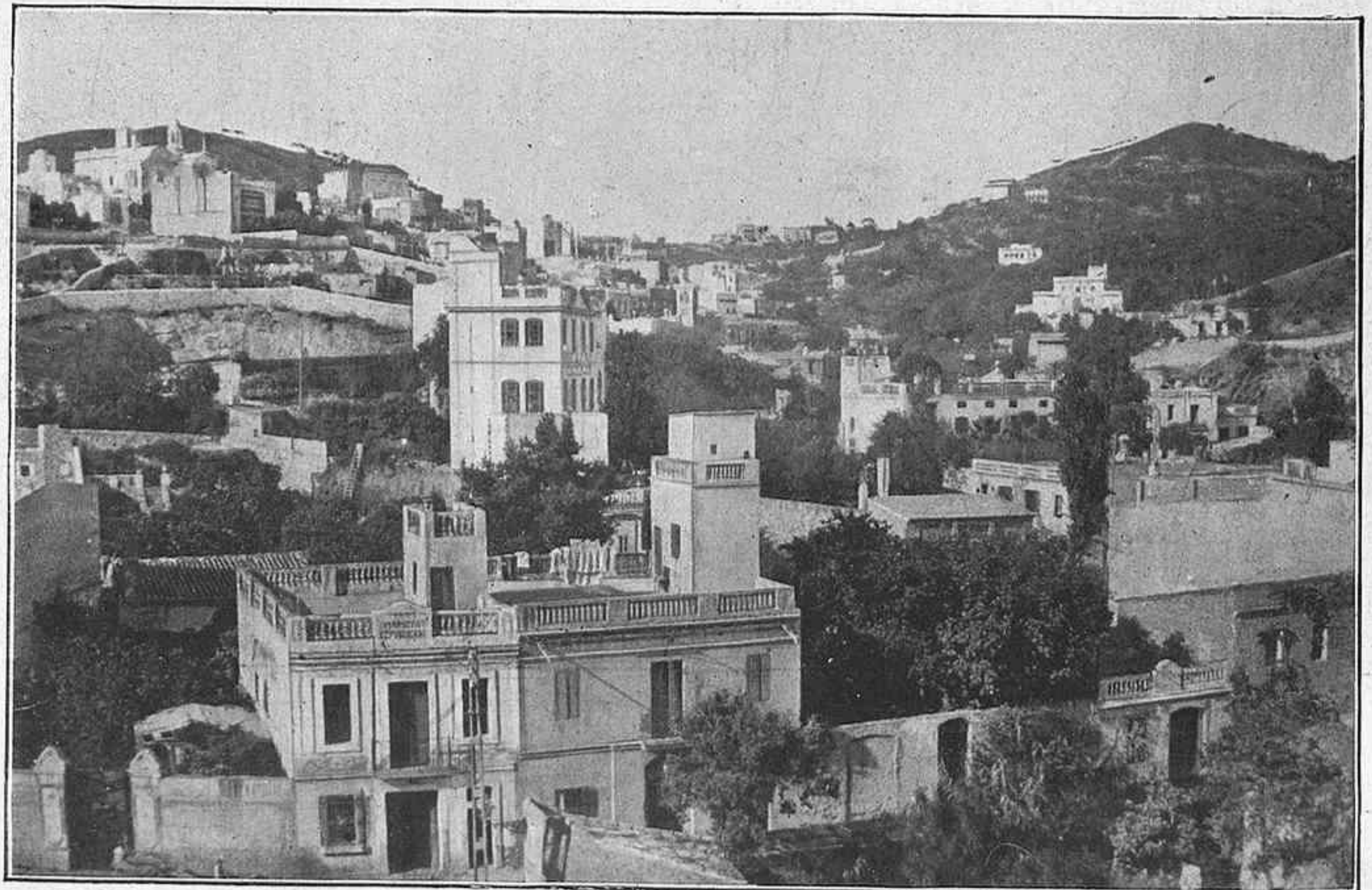
El viaducto, que ha sido proyectado por el arquitecto don Miguel Pascual, medirá 110 metros de longitud por 12 de anchura, de los que 9 se destinarán al tránsito rodado, y su coste está presupuesto en 500.000 pesetas.



Barcelona. — Colocación de la primera piedra del viaducto que ha de unir la barriada de Vallcarca con San Gervasio

algunas canciones y encamináronse luego á la *Font dels Monjos*, junto á la cual se les sirvió una abundante comida. Terminada ésta, el Sr. Bastardas fué obsequiado con un banquete que se celebró en la *Converla* y al cual asistieron el alcalde de Tiana, los concejales de aquella villa Sres. Clapés y Artusa, el regente de la parroquia, el juez municipal, el presidente de la sociedad recreativa «El Dorado» y algunos individuos de la colonia veraniega.

De regreso en Tiana, visitaron los expedicionarios el casino,



Vista de la barriada de Vallcarca. (De fotografías de Francisco Vives.)

## EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

Había enviado recados, llena de ansiedad, á su marido y á su hermano para que fuesen á verla antes de que saliera; pero el Sr. Ladoguin había estado fuera toda la tarde hablando con sus colegas, los demás cónsules, respecto á los alarmantes rumores que corrían de estar próximo á estallar un movimiento revolucionario, y Nicetas Mitsopoulo estaba ausente, desempeñando una de sus misiones misteriosas.

Como último recurso, la señora Ladoguin ordenó al cochero que se detuviera frente á un casino muy frecuentado por los representantes europeos, esperando encontrar en él á su marido, con el propósito de decirle que se quejara á Sir Frank Francis de que su importuno compatriota volvía de un modo intolerable á perseguir á la princesa.

El Sr. Ladoguin estaba en el casino, pero su mujer no quiso que le dijeran que bajase á hablar con ella, y pidiendo á Irene que la dispensase, bajó de la victoria y entró en el vestíbulo, donde la princesa no pudiera oír lo que hablara. Irene se quedó sola y dirigió una mirada indiferente á lo largo de la calle, que estaba muy iluminada, porque allí, en el barrio europeo, gracias á los esfuerzos del cuerpo consular, la iluminación y el empedrado se parecían más á los de Occidente que á los de Oriente.

Contiguo al casino se destacaba la negra mole de un edificio, que sabía era el Banco de la Señoría, ya cerrado por ser de noche; pero algo que se movía en sus gradas llamó la atención de la joven. Aunque era difícil averiguar, en la sombra, qué sería aquello, le pareció que era un faquín que había dejado en tierra la carga para descansar. En aquel momento le distrajo la atención un coche de alquiler que se aproximaba corriendo á todo correr y cuyas ruedas pasaron casi rozando las de su carruaje, lo que motivó que se cruzaran algunas injurias entre el cochero y el *cavass* consular. Luego (todo esto ocurrió en un instante) las casas pareció que se inclinaban, se sintió lanzada hacia adelante y el aire retumbó con una tremenda explosión. Los caballos, asustados, partieron rápidos como el viento, aumentando su espanto el ruido que hacían al caer los trozos de mampostería que volaban por el aire. Irene se acurrucó, deslumbrada, en el fondo del coche; tenía el rostro y los hombros heridos y magullados por la lluvia de piedras. Las detonaciones sucesivas que oyó le probaron que no se había quedado sorda; pero no percibió la voz del cochero tratando de contener á los caballos, por lo que supuso que había sido arrojado del pescante. Al mismo tiempo se dió cuenta de que reinaba la más profunda oscuridad. Lo primero que se le ocurrió, y esta idea la llenó de horror, fué que se había quedado ciega; pero al mirar hacia arriba, á través de la destrozada cubierta del coche, vió unas llamas que subían hacia el cielo, y comprendió que la explosión, debírase á lo que se debiera, había destrozado la cañería que proveía de gas á la ciudad. Los caballos ya habían salido del barrio extranjero y penetrado en las calles habitadas por la gente del país, según pudo colegir por la manera como el coche saltaba y se zarandeaba sobre los guijarros; parecía un milagro que á cada momento no volcara, pues las ruedas tan pronto tropezaban con

un poste, como rozaban los escaparates de alguna tienda.

Resonaban gritos y lamentaciones é interpolados de cuando en cuando con algunas explosiones, y á lo lejos se oía un rumor que Irene supuso serían tiros. Allí sentada y sin poder valerse, mientras los

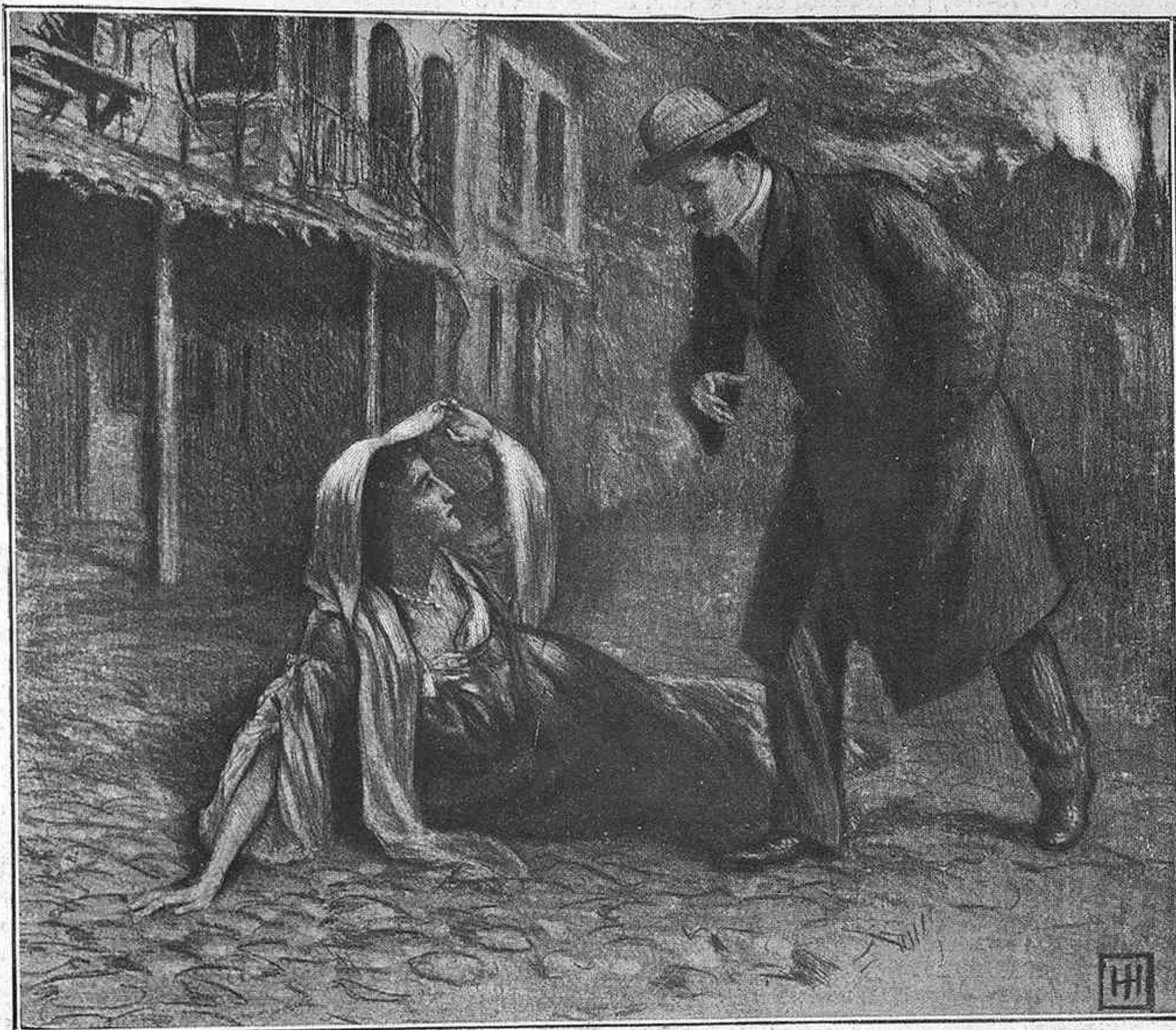
pero el otro, que se había caído, se enredó en los arrees y en vano trató de levantarse del suelo.

Viendo que el peligro había pasado, la gente que venía detrás corrió y sacó á Irene de su refugio. El monje había desaparecido, y con gran horror Irene comprendió que el populacho la tomaba por la persona que había destruido la mezquita. Rodearonla mahometanos armados de cuchillos y puñales; llovían sobre ella imprecaciones capaces de helar la sangre en las venas, y se veía encerrada en un círculo de aceros. En cuantas lenguas sabía les rogó que la llevaran al consulado ó que, por lo menos, la dejaran ir; pero nadie quería escucharla, ni siquiera parecía que entendiesen lo que decía. Se quitó las sortijas y las estrellas de diamantes que llevaba en el cabello y se las arrojó á los que la acosaban; luego el collar de perlas, no el histórico, que había entregado á los bandidos, sino otro de menos valor que había enviado, con toda seguridad, en el cofrecillo de joyas después de la catástrofe del ferrocarril. El hilo se rompió al quitárselo con fuerza, y la joven, cogiendo las perlas, las ofreció á la plebe para que la dejaran marchar. Pero fué en vano; le violentaron la mano y riñeron unos con otros para apoderarse de las perlas; pero no por eso abrieron hueco por donde pudiera

escaparse. Hubiera dado por salvar la vida hasta el cinturón de Isidora si lo hubiera traído puesto, pero estaba bien seguro en el consulado.

Pasado el primer momento, no la tranquilizó ver que no la habían hecho pedazos en el acto, porque colegía, por los gestos de los que la amenazaban, que mientras algunos eran de opinión de hacerlo así, otros proponían que la llevaran á una casa y la sometieran al tormento para que descubriera á sus cómplices. Un momento más y á fuerza de horror hubiera perdido el conocimiento, cuando el caballo tendido en tierra y del que nadie se acordaba, se levantó haciendo un esfuerzo, y botando con furia, hizo despejar el terreno en torno suyo. Viendo la probabilidad de escaparse que se le presentaba, se libró de las manos que la sujetaban, dejando en ellas la capa, y de un salto se subió sobre el montón de escombros que interceptaba la calle. A sangre fría nunca hubiera podido hacer tal cosa, pues no había sitio seguro donde sentar el pie, y las asperezas de las piedras y las astillas de los maderos se le enredaban en la ropa y le herían las manos; pero bajó como un rayo y fué á parar en medio de otro grupo que se había ido reuniendo al otro lado, atravesando por entre aquellas gentes antes de que pudieran comprender lo que querían decir los gritos exhalados por sus chasqueados aprehensores.

Recogiendo en el brazo la larga cola para que no estorbara sus movimientos, corrió á escape calle abajo, tropezando con los puntiagudos guijarros. Muy pronto oyó la gritería que venía siguiéndola y comprendió que presto la alcanzarían, porque los altos tacones de sus zapatos se quedaban aprisionados entre los traidores intersticios de las piedras, haciéndola casi caer. Al llegar á una bocacalle se le ocurrió un recurso desesperado. La puerta de la primera casa estaba abierta; se deslizó dentro y dejó pasar á sus perseguidores, que siguieron furiosos



—¡Oh sí!, exclamó la joven quitándose el velo

caballos, enloquecidos, seguían corriendo, analizaba las eventualidades que pudieran ocurrir con una calma que á ella misma la sorprendía, dudando si aquella vertiginosa carrera terminaría en las aguas de la bahía ó estrellándose contra un muro. Luego sucedió una cosa que le causó más horror que todo cuanto antes había ocurrido. Se había levantado y puesto en el asiento delantero de rodillas, tratando de ver por dónde iba, cuando un bulto negro, dando un salto desesperado, se encaramó en el pescante, y cogiendo el látigo azotó á los caballos. A la luz del resplandor que el cielo proyectaba, vió que llevaba el gorro alto y el amplio hábito que usan los monjes y los cabellos y la barba en desorden. Penetraron á escape por otra calle, que á Irene le pareció recordar confusamente ser una de las del barrio mahometano, y mirando adelante vió una masa compacta de gente que obstruía el paso. Gritóles que detuvieran los caballos, pero no la entendieron y se apartaron para abrir camino al carruaje, y así llegó á la altura de un gran edificio. El hombre que iba en el pescante, dejando á un lado el látigo, se puso en pie y arrojó una cosa con toda su fuerza; la explosión que siguió no cogió de sorpresa á Irene. El edificio pareció bambolearse y los caballos, dando un salto, siguieron adelante, haciendo caer al monje del pescante. Un almiar se derrumbó con horroroso estrépito, quedando atravesado en la calle, y los caballos, asustados por los gritos que detrás sonaban, precipitáronse sobre el obstáculo que formaba el montón de ruinas, dieron una vuelta cuando tropezaron con él y arrastraron violentamente el carruaje en redondo, montando una rueda sobre las piedras. Irene tuvo bastante presencia de ánimo para dar un salto cuando el coche dió la vuelta y arrimarse á las casas de uno de los lados de la calle mientras los caballos coceaban y forcejeaban furiosos por verse libres. Uno lo consiguió y se precipitó locamente calle abajo;

adelante. En cuanto lo hubo efectuado el último, salió con cuidado y corrió por la calle perpendicular á la anterior, pero más despacio, porque se había caído el tacón de un zapato y le era muy difícil seguir corriendo. Antes de llegar al final de la calle oyó que se acercaban otra vez los gritos del populacho, y se percató de que ya se habían dado cuenta de su evasión. Dos estrechos callejones, entre casas que parecían tocarse, se abrían ante ella; echó á correr por el más próximo, lleno de toda clase de inmundicias, y al fin salió á un ancho espacio descubierto rodeado de miserables casuchas, cuyos contornos apenas se distinguían á la luz del mortecino resplandor del cielo. Jadeante, se detuvo un momento, se quitó el zapato que aún conservaba el tacón y trató en vano de arrancárselo dándole con una piedra. Era aquello superior á sus fuerzas; se echó hacia atrás el cabello, se ató el pañuelo por delante de la cara, debajo de los ojos, de modo que cayera como el velo con que las egipcias se cubren el rostro, y se echó por encima de la cabeza la cola de su vestido de etiqueta, esperando pasar por una mujer rumí cuyo velo la sirviera de salvaguardia en caso de tropezar con algún musulmán. Felizmente para la tranquilidad de su espíritu, no se le ocurrió que los adornos de seda y encajes la delatarían, y cojeando comenzó á cruzar el espacio descubierto, que muy pronto conoció eran los restos de un anfiteatro romano, una de las cosas notables de Therma.

Apenas había salido de la sombra que proyectaban las casas, cuando oyó pasos detrás de ella. Se detuvo, pero aquéllos no dejaron de oírse, y echó á correr vacilante, pues siguió oyéndolos cada vez más cercanos. Creyó distinguir una voz, arrebujóse más en la falda la cabeza y continuó dando traspasés, hasta que el traidor tacón quedó encajado entre dos piedras, haciéndola caer. Los pasos se acercaron á la carrera, cerró los ojos y aguardó la muerte.

—Muchísimo siento haberla asustado, dijéronle en inglés. ¿Puedo servirla en algo?

La impresión que sintió fué tan fuerte, que se acurrucó sin fuerzas en el mismo sitio en que había caído y miró al que la interrogaba. Con inmensa alegría, como nunca creyó sentir en semejantes momentos, conoció de quién eran los azules ojos que estaban fijos en ella.

—¡Ah, el capitán Wylie!, exclamó sollozando.

—¿Cómo! ¿Quién es?, preguntó éste ayudándola á levantarse. ¿Es posible! ¿No es usted la señorita Irene, quiero decir, la princesa?

—¡Oh, sí!, exclamó la joven quitándose el pañuelo; una turba quiere matarme y no puedo huir. ¡Ah! ¿Qué haré?

—Tranquícese usted, dijo Wylie llevándola junto á las casas. ¿Está usted herida? Me pareció que cojeaba.

—Son los zapatos. Sólo me queda un tacón.

Se quitó el zapato y él con un cuchillo lo cortó.

—No puedo ofrecer á usted llevarla al consulado, dijo guiándola para cruzar el espacio abierto, porque gran parte de los atentados se han cometido en el barrio de los extranjeros; las tropas han salido á la calle y andan haciendo fuego á diestro y siniestro. Me gustan los rumíes en general; pero esta noche, he de confesarlo, más quisiera encontrarme con el populacho que con los soldados. Lo que están haciendo es muy natural después de lo ocurrido.

—¿Pero qué ha sucedido?, exclamó Irene. ¿Han volado el Banco de la Señoría?

—Sí y también otros muchos edificios. Al fin me cansé de contar las explosiones. Estoy viviendo en casa del profesor Panagiotis, y regresaba á ella en coche, cuando se oyó la primera detonación y se apagó el gas. Mi cochero se negó á seguir adelante diciendo que, con toda seguridad, la casa del profesor debía ser una de las que habían volado. Traté de llegar á ella, yendo á pie, por el camino más corto; pero las tropas estaban persiguiendo, por todas las calles del barrio extranjero, á unos insurrectos imaginarios, y cruzaban demasiadas balas por el aire para que el paseo resultara higiénico.

—¿Pero vamos ahora á casa del profesor? ¿Para qué si la han volado?

—No tengo motivos para creer que así haya sucedido. Por lo que he podido ver, los atentados, en su mayoría, han sido dirigidos contra casas de extranjeros. Supongo que los descontentos quieren hacer patente el disgusto y desprecio que les inspiran las reformas que las grandes potencias han obligado á adoptar al Gran Señor. De todos modos, como huésped del profesor, en el barrio griego es donde mejor que en ninguna otra parte podré hallar refugio.

—¿Pero por qué dice usted que las tropas disparan contra unos revolucionarios fantásticos? ¿Quiénes cree usted que son los que han arrojado las bombas?

Hubo un monje que de un salto montó en mi carruaje. ¡Ah, fué una cosa horrible!

—De seguro que habrán sido agentes de los comités tracio dardanos, pero no creo que aguarden á que los fusilen. Ya se habrán cuidado de tener la retirada franca, y únicamente unos cuantos transeuntes infelices, que no habrán tenido nada que ver con los atentados y que de puro asustados no han acertado á quitarse de en medio, serán los que sufran las consecuencias de estos momentos de pánico.

—¿Pero cómo voy á poder llegar á casa del profesor?, preguntó Irene pensando otra vez en lo crítico de su situación, mientras apoyada en el brazo de Wylie cruzaba las desiertas calles.

—De todos modos, me parece que allí hemos de estar mejor que en la calle, contestó pensativo Wylie. Mucho me alegraría que pudiéramos ir hasta allá.

Había en el tono con que dijo estas palabras cierto retintín en que ella, de pronto, no reparó; era que su oído, ya práctico, había percibido la marcha acompasada de las tropas, distinguiéndola perfectamente de los demás ruidos que poblaban el aire, no cerca, porque las casas inmediatas semejaban sepulcros, sino á lo lejos, por la parte hacia donde se dirigían. Al llegar á cierta bocacalle, Wylie con cautela se adelantó á explorar é hizo retroceder á Irene, arrojando al mismo tiempo una exclamación.

—Un destacamento de soldados viene hacia aquí despejando la calle. ¡Allá va, ya habrán dejado sin vida á algún pobre diablo!, dijo en el momento de oírse una descarga y un grito penetrante que hendió los aires. Arrímese usted al quicio de esa puerta. Puede que sigan adelante sin vernos.

Irene se ocultó todo lo que pudo, y Wylie se colocó delante, cubriéndola en lo posible.

—Están fuera de sí y hacen fuego á cuanto ven, dijo Irene.

—Eso es lo peor de todo, contestó Wylie volviendo hacia ella la cabeza. Si caigo, trate usted de hacerles comprender la enormidad que han cometido disparando contra un europeo, é invoque usted el nombre de Sir Frank Francis para que se aquieten.

### XXIII

#### FUSIÓN DE INTERESES

Los soldados bajaban por la calle hablando alta y acaloradamente; bien claro se veía que estaban rotos los lazos de la disciplina. De cuando en cuando, un tiro aislado indicaba que alguno de ellos había creído ver algo que se movía entre las sombras y había adoptado el medio más seguro de evitarse un contratiempo. Los vacilantes rayos de una linterna vieja y estropeada oscilaban de uno á otro lado de la calle á medida que el soldado que iba á la cabeza la aproximaba á cada puerta que encontraba al paso; pero su luz era tan débil, que Wylie, rígidamente incrustado en su rincón, casi tenía la seguridad de no ser visto. Sin embargo, su traje á cuadros se destacaba sobre las negras y grasientas piedras que formaban el arco de la puerta, y cuando el rayo de luz iluminó su persona, una voz exclamó:

—Un hombre está escondido en aquel portal.

Al momento las preparadas carabinas lo enfocaron, y antes de que pudiera dar un paso hacia adelante, dos ó tres balas perdidas dieron en las piedras ó levantaron el polvo á sus pies; pero aquellos disparos habían sido hechos únicamente por algunos soldados impacientes. Antes de que dieran la voz de fuego, Wylie gritó en rumí:

—¡No tiréis!

Y los soldados, cogidos de sorpresa, obedecieron. Aprovechó la oportunidad para decirles que era inglés y pedirles que lo acompañasen al consulado británico.

—Vaya, después de todo salimos con que es un perro cristiano, dijo uno de ellos.

—Si no ha sido él quien arrojó las bombas, por lo menos habrá incitado á esos bribones para que lo hicieran, añadió otro.

—Y de todos modos, ¿qué estaba haciendo aquí?, preguntó un tercero.

—Sorprendido en una actitud sospechosa, murmuró entre dientes el sargento. Matémoslo, que los muertos no hacen daño.

—No cometa usted esa locura, dijo Wylie enérgicamente, pues mi muerte podría ser fatal para usted. El sargento se contuvo al oír esta amenaza.

—Vamos, dadme la linterna, dijo.

Y quitándosela al soldado que la llevaba, dirigió la luz al rostro de Wylie.

—¿Cómo! Si es el Bimbashi Bey de los ojos crueles, el que nos regaló cigarrillos cuando estuvimos en el Norte, hace tres meses. Es un buen hombre,

aunque sea cristiano. No hablemos más de fusilarle. ¿Qué desea el Bimbashi Bey?

—¿Puede usted llevarnos al consulado?, preguntó Wylie apartándose á un lado.

Los soldados quedaron sorprendidos al ver á Irene acurrucada en la sombra, detrás de él.

—Será muy difícil llevar á la señora á tan larga distancia atravesando esas calles, contestó pensativo el sargento. ¿No tiene el Bimbashi Bey amigos en el barrio griego?

—Estoy hospedado en casa del profesor Panagiotis, dijo Wylie.

—¡Ah! El jefe de los griegos. Perfectamente, con tal que su casa no sea una de las destruídas. Pronto lo veremos.

Los soldados abrieron filas; Wylie é Irene se colocaron en el centro, y el sargento, que marchaba delante, volvió la cabeza para hablar con Wylie. Desde su encuentro en el Norte, él y su fuerza habían recorrido por orden superior todos los lugares donde se temía que estallara algún movimiento; pero siempre ocurrían las sediciones en los distritos que abandonaban, ó sucedía, como entonces, que dejaban madurar los complots en vez de segarlos en flor. Según dijo, hacía días y hasta semanas que todo el mundo esperaba que estallara aquel motín. Podía haberse impedido en absoluto que así fuera; pero alguien, sin duda, debió recibir mucho dinero para que no se hiciera nada. Claro estaba que todo aquello era obra de los representantes de las grandes potencias, que con una mano alentaban á los revolucionarios á cometer desmanes, mientras con la otra contenían á los rumíes á fin de que no los castigaran como merecían.

Argumentos de esa clase no admiten grandes discusiones, y no trató Wylie de defender la acción de las grandes potencias, que indudablemente no se había señalado por ningún éxito de consideración. Hallábanse en el barrio griego; ojos asustados les miraban desde las ventanas altas; todas las puertas estaban herméticamente cerradas.

Al llegar al extremo de la calle, donde vivía el profesor Panagiotis, encontráronse con un cordón de tropas que la interceptaba, custodiando un carruaje dispuesto para partir. Hacia la mitad de la calle, un hueco en la fila de casas, que se destacaba, negro, sobre el firmamento, indicaba el sitio donde antes se alzaba la del profesor. El sargento interrogó á su colega encargado de la escolta, y supo que ésta había sido enviada por el valí para que custodiara al profesor hasta su casa; pero al llegar le manifestaron los vecinos que el edificio había sido destruído casi al mismo tiempo que ocurrió la primera explosión en el Banco de la Señoría. El profesor estaba en aquel momento recorriendo las ruinas para ver si era posible salvar algo de lo suyo; pero dentro de pocos minutos tendrían que escoltarlo hasta las puertas de la ciudad y dejarlo, con toda seguridad, en el camino de Kallimeri.

—¿Qué encuentro tan feliz!, dijo Wylie á Irene; yo me arrogo el derecho de ofrecerle á usted hospitalidad en la quinta del profesor; allí encontrará usted de nuevo á los Tefsany, que desean mucho verla.

—¿Los Tefsany? ¡Ah! Usted quiere decir Mauricio y Zoe. Nunca los recuerdo sino por el nombre de Smith. Mucho me alegraría de volverles á ver, pero no en esta facha, é Irene se miró el vestido roto y los zapatos destrozados. No estaría propio ni decente, pues ya no estamos en las montañas.

Wylie se echó á reír involuntariamente.

—En ellas la habrán visto á usted mucho peor, dijo. ¿Por qué no ha de ser decente ahora lo que antes lo era?

—Las circunstancias son distintas, contestó Irene ruborizándose. Ellos ya saben quién soy yo, y no está bien que los obligue á recibirme y ampararme á la fuerza. Por lo menos, en las montañas todos estábamos en situación igual.

—De todos modos, puedo asegurar á usted una cosa, y es que no se trata de que la acojan contra su voluntad, pues ellos tienen grandes deseos de verla. Aquí traigo una carta de la señorita Tefsany para usted; no sé si habrá bastante luz para que usted la lea, y además me encargaron que pusiera en práctica todas las artes de la diplomacia para persuadirle á que vaya á Kallimeri, aunque sólo sea por un día y aunque tuviera usted que ir acompañada por la señora Ladoguin.

—¿De veras es así?, dijo mirándole perpleja. ¿No lo dice usted únicamente para que yo acceda á ir? Usted tal vez no lo crea, pero ese paso es para mí muy penoso; quiero decir que los Ladoguin, si quieren, podrían decir de mí tales cosas, que todos me abandonarían por completo en el caso de que no volviera en seguida al consulado. ¿Comprende usted?

Wylie puso término á sus entrecortadas razones diciéndole afablemente:

—No tema usted. Volverá usted mañana al consulado á la hora que quiera, pero esta noche es de todo punto imposible que pueda usted ir allá. La murmuración más enconada no tendrá nada que decir porque pase una noche refugiada en casa de un antiguo amigo de su padre que vive con su mujer. Ahora bien, ¿quiere usted entrar en el carruaje y leer la carta, mientras yo busco al profesor? ¿Me promete usted quedarse aquí hasta mi vuelta?

Wylie vió con gran contento que Irene no oponía objeción alguna; la idea que se le había ocurrido de que pudiera escaparse en cuanto él volviera la espalda y perderse en el dédalo peligroso de las calles, no había cruzado por la mente de la joven. Estaba demasiado abatida por lo mucho que había sufrido para que le quedaran ánimos de concebir proyectos por sí misma, y le causó indecible satisfacción ver que otro se encargaba de disponer lo que debía hacerse. Agradecida aceptó los ofrecimientos de Wylie, subió al carruaje, tomó la carta de Zoe después de darle las gracias y con ansiedad se inclinó hacia adelante para leerla á la luz del farol del sargento. La carita pálida y afligida de Irene, que le miraba enteramente rendida y sin alientos mientras atravesaba el cordón de soldados, hízole tomar la firme resolución de terminar una empresa que preveía, aunque sin saber exactamente por qué, había de ser difícil. Se encontró con el profesor que se dirigía al coche, y le hizo presente su pesar por las pérdidas que le habían causado.

—¡Ah! Lo veía venir, contestó filosóficamente. Hubiera sido algo así como un desaire si en una ocasión como esta no se hubieran acordado de mí. Por supuesto, esos malvados esperaban lucrarse; me han dicho que una docena de judíos rebuscaban por entre los escombros, antes casi de que el fuego se apagara, so pretexto de ayudar á salvar mis pertenencias, pero puedo asegurarle que nada habrán en contrario. Desgraciadamente, no se ha salvado ni el mobiliario ni lo demás que había en la casa; la destrucción ha sido demasiado completa. Me parece que deben haber sido dos ó tres las bombas que colocaron, por cierto muy bien colocadas. La mujer del conserje, que ha escapado con vida, me ha dicho que había notado, al obscurecer, que rondaba por las inmediaciones una mujer muy alta, que supone fuera un hombre disfrazado. Creo que lo mejor será volvernos á Kallimeri. Siento decirle que sería inútil que buscáramos su maleta, si es que ese ha sido el motivo que le ha traído á usted aquí.

—No había pensado en semejante cosa, dijo Wylie deteniéndole. No, he recogido á una señora europea que he encontrado desamparada y quisiera llevarla con nosotros. Nada tenemos que hacer aquí.

—¿Quién es esa señora?, preguntó con viveza el profesor.

—La princesa Elena Teofan.

—Lo sospechaba. No, dejémosla que se vuelva al consulado escita; yo no respondo de ella.

—No puede ser; las calles están intransitables. Usted fué amigo de su padre y no puede usted negarse á darle asilo.

—No quiero tener nada absolutamente que ver con ella. ¿No comprende usted que es un instrumento de que se vale Escitia, que es la única persona cuyos derechos á la corona imperial griega se aproximan, y según el parecer de algunos, exceden á los de Mauricio Tefany? Dejemos que Escitia se cuide de su candidato; mis intereses son diametralmente opuestos á los suyos.

—Profesor, dijo Wylie, á quien se le había ocurrido una feliz idea y que supo dominar su indignación, usted no puede engañarme; no vaya, pues, á decirme que no piensa lo mismo que pienso yo. Tiene usted los triunfos en la mano y sería perder el tiempo si tratara de persuadirme que no va usted á aprovecharse de ellos. Si usted se lleva la princesa á Kallimeri y la casa con Tefany, así él como usted habrán hecho un buen negocio.

El profesor aspiró el aire con fuerza.

—El tal vez sí, dijo; pero yo me quedaría en la calle.

—¡Oh, qué disparate! ¿No contraerían los dos para siempre una deuda de gratitud con usted por haberlos puesto en contacto uno con otro? ¿Quién lo duda! Desde ese mismo momento ejercería usted sobre ellos la mayor influencia.

El profesor meditó. Bien claro veía Wylie que estaba pensando mentalmente las ventajas é inconvenientes de las diferentes líneas de conducta que podría seguir. Lo mismo que Mauricio, Wylie abrigaba la poco grata convicción de que en las resoluciones del profesor habían de tener muy poca parte sus propios deseos ni sus razonamientos; el resultado lo

habrían de decidir consideraciones que no estaban tan á la vista.

—Su idea es excelente, dijo al fin con gran contento de Wylie; este matrimonio equivaldría á dar jaque mate á Escitia y daría gran fuerza á la posición del Sr. Tefany. Yo le haré ver la conveniencia de este plan así que lleguemos á Kallimeri; en cuanto á la señora no habrá dificultades, porque la tenemos en nuestro poder.

—¿Está usted loco?, exclamó Wylie cogiéndole del brazo con viveza mientras se dirigían de prisa hacia el carruaje. Usted no puede decir en serio que piensa ejercer presión sobre la princesa. Si así fuera, Tefany sería su enemigo para toda la vida. La princesa viene á Kallimeri únicamente en busca de un asilo, é incidentalmente á ver á sus antiguos amigos antes de regresar á Escitia. Si Tefany puede conseguir que se quede, perfectamente; si no, tendríamos mañana que llevarla otra vez al consulado.

—Sería demasiado tarde, murmuró entre dientes el profesor. Las calles estarán ya despejadas y podrá pasar ella sola sin peligro alguno.

—Mire usted, dijo Wylie, déjeme que le haga una advertencia. Usted y yo somos hombres de mundo y sabemos con toda exactitud lo mucho y lo poco que quiere usted dar á entender al decir cosas como esa. Pero no sonarían bien en los oídos de los Tefany, quienes podrían creer que usted de veras pensaba así. ¿Se hace usted cargo?

El profesor, de mala gana, asintió y preguntó:

—¿Entonces qué provecho sacaremos de llevar á la princesa á Kallimeri?

—Sencillamente el de ponerlos en comunicación. Si Tefany la ama, no dejará que se le escape otra vez, sobre todo después que su hermana y yo le hayamos exagerado lo doloroso de una separación sin término y los peligros que amenazarán á la princesa en Escitia.

—¡Ah! ¿Qué interés tienen usted y la señorita Tefany en ello?, preguntó secamente el profesor.

—La señorita Tefany espera de ese modo complacer á su hermano, que hubiera venido hoy á Therma para tratar de ver á la princesa si no hubiera yo insistido en hacerlo en lugar suyo. Mi único interés es satisfacer los deseos de la señorita Tefany.

Desconcertado por el tono indiferente de Wylie, el profesor Panagiotis se acercó al carruaje, donde Irene, enteramente rendida, se había quedado dormida en su rincón. Wylie le presentó al profesor, y antes de ocupar su asiento, entregó cuanto dinero traía encima al sargento que tan bien se había portado, para que lo distribuyese entre su gente. Los soldados que habían formado el cordón rodearon el coche, que echó á andar despacio hacia la puerta más próxima á Kallimeri. Muchas de las calles estaban interceptadas por las ruinas de las casas destruidas; en algunas continuaban los incendios y las tropas prohibían el tránsito, y en otras seguían haciéndose pesquisas en busca de los revolucionarios, con acompañamiento de gritos y disparos; no pocas estaban enteramente desiertas, viéndose sólo algunos cuerpos rígidos tendidos á la sombra de las casas. En la puerta de la ciudad el sello del valí, presentado por el oficial que mandaba la escolta, les procuró inmediata salida, y los soldados los condujeron á través de los zrrabales de la población, hasta llegar sanos y salvos al camino que conducía á Kallimeri. Allí se despidió la escolta y se permitió al fin al cochero que arreará á los caballos, haciéndoles emprender hacia la quinta una de esas carreras locas y desenfrenadas que tanto agradan á los del oficio.

—¡Ah! ¿Qué es lo que ha sucedido?, exclamó Zoe bajando á la carrera de una altura cercana á la puerta de entrada de la finca. Hemos oído explosiones y visto unos incendios horribles; no de esos ordinarios que ocurren todas las noches; calles enteras han debido arder. Todos estábamos muy asustados, y yo he permanecido en observación horas enteras.

—Lo cual era muy peligroso, dijo Wylie emocionado.

Había bajado de un salto del carruaje para salir al encuentro de la joven; el profesor é Irene, medio dormida todavía, siguieron en el coche.

—Si algún revolucionario hubiera recalado por estos lugares con ánimo de volar la quinta, la hubiera asesinado para que no diese la señal de alarma.

—Pero en ese caso no me hubiera ido mucho mejor estando dentro de la casa, dijo Zoe. ¿Conque eran los revolucionarios los que querían hacer volar la ciudad? Supongo que no podría usted entregar mi carta.

—¿Cómo no?, dijo Wylie, con aire de triunfo. Y me he traído á la princesa. Va en el coche.

—¿En el coche? ¿Irene?, y ¿me ha dejado usted que viniera andando tan despacio? ¿Qué habrá pensado de mí?

—Espere usted un momento, dijo Wylie á Zoe, al querer ésta aligerar el paso y hasta correr. Estoy sumamente satisfecho de mí mismo por el modo como he cumplido su encargo, pues he tenido que emplear todos los recursos de la diplomacia para vencer las objeciones que la princesa oponía á su venida aquí, como también las del profesor para traerla. Pero habrá que precipitar los acontecimientos mañana por la mañana, porque ella piensa volverse en seguida.

—Y, si lo hace, tendremos que abandonar la partida, pues se pondrá fuera de nuestro alcance, dijo Zoe. Es verdad, hay que precipitar los acontecimientos. Pero ¿cómo ha sabido usted cuáles eran mis deseos?, exclamó de pronto. Yo no se los había dicho.

—I.o deduje tomando por base lo que usted me había manifestado respecto á su hermano; se me ocurrió de momento que podríamos arreglarlo todo y de una vez, aprovechándonos de los sucesos ocurridos en la ciudad. Nadie sabe dónde se encuentra la princesa y tardarán algún tiempo en hallar su pista.

—¿Quiere usted decir que podrían casarse antes de que dieran con ella? ¡Oh, qué bien! Es preciso que arreglemos este asunto. Esta noche meditaré sobre ello y mañana hablaremos.

—Tenga usted confianza en mí, dijo Wylie al llegar á la puerta de la casa, donde la señora Panagiotis, alemana de robustas proporciones, estaba mirando con visible desconfianza á Irene, descotada y con su traje de gala hecho jirones.

Las dos jóvenes, dando un grito de alegría, se arrojaron en brazos una de otra, y á ruegos de Zoe la señora Panagiotis accedió á recibir á la desaliñada forastera, diciendo que se le daría la habitación inmediata á la de Zoe y que le prestaría un traje presentable en caso de que la señorita Tefany no tuviese ninguno á mano. Zoe, muy contenta, hizo presente que á ella sola correspondía el cuidado y agasajo de su amiga, y en seguida ayudó á ésta á subir las escaleras, deteniéndose únicamente para decir en voz baja á Wylie:

—Avísele á Mauricio, al pasar, que Irene está aquí. Sabiéndolo, tal vez podrá dormir.

Volviendo adonde se hallaba Irene, se encontró al profesor que, con marcada intención, le hacía presente lo mucho que se alegraba de recibir bajo su techo á una descendiente de la rama menor de la ilustre casa á que pertenecían los huéspedes que ya le honraban con su presencia. Zoe se la llevó en seguida, temiendo que el profesor pudiera decir algo que desbaratará sus planes.

—¿No le parece á usted la señora Panagiotis una persona muy extraña?, preguntó á Irene cuando se quedaron solas. Mauricio y yo nos habíamos figurado que se sentaría en el suelo y comería con los dedos; puede usted imaginarse lo que pasó por nosotros cuando nos encontramos que era de una corrección monumental. Al principio, el profesor la llamaba la señora profesora, *die Frau Professorin*; pero sin duda comprendió que no sonaba bien y dejó de llamarla así.

Irene se sentó escuchando pasivamente á Zoe, mientras ésta le desataba el cabello y le pasaba el cepillo.

—¡Ah, Zoe, exclamó de pronto, qué bienestar tan grande siento al verme aquí! Nada me importa de nadie, ni del profesor, ni de la profesora; me basta estar cerca de usted y de Mauricio. Usted no puede figurarse el desco que tenía de verla.

—Es mucha bondad de su parte expresarse así, dijo Zoe arrepentida. Comprendo que, con frecuencia, no me he portado con usted todo lo bien que debiera.

—No hay tal cosa, replicó Irene indignada; usted y Mauricio siempre fueron buenos para mí, tanto cuando me creían una señorita Smith, como cuando supieron que era una princesa. A usted le sobraba la razón al reprenderme por decir necedades; acertó usted respecto de Vlasto, y yo fui una tonta. Era el mismo Sr. Mitsopoulo, el hermano de Clariclea Ladoguin, disfrazado. Lo reconocí en cuanto me lo presentaron, y pensé, con amargura, en mi torpeza y en su acierto. Bien merecido tenía el castigo.

—De todos modos, es una cosa enteramente nueva para nosotras el que estemos dirigiéndonos mutuamente tantos cumplidos. ¿Ha traído usted consigo el cinturón de Isidora?

—¡Ah, no! ¿Cómo era posible que lo trajera? No me atrevía á llevarlo más tiempo en el vestido, por temor á la doncella. ¿Sabe usted, Zoe, que tenían muchas ganas de que se lo enviara á la emperatriz como una ofrenda de paz? Tanto Clariclea como su hermano me lo indicaron; pero no quise hacerlo, porque me parecía que eso equivalía á comprar su favor, cediendo mis derechos, que también son los de usted.

(Se continuará.)

## ARTE PRACTICO DEL ALFARERO, POR KEIGHLEY SNOWDEN

El obrador del alfarero depende en la actualidad en gran parte de la escuela de artes y oficios, y la escuela a su vez debe estar convertida en obrador, para que pueda responder al fin que se propone; pues lo mismo debe enseñar la parte artística que explicar la parte científica. He visto varios de los preparativos que se están haciendo para el Congreso internacional de arte que se celebrará este mes en Londres, y me han llamado mucho la atención los métodos sumamente prácticos que se emplean hoy en la enseñanza de la industria. En la Exposición de South Kensington se pueden hacer comparaciones entre las treinta y seis naciones que concurren á este certamen industrial.

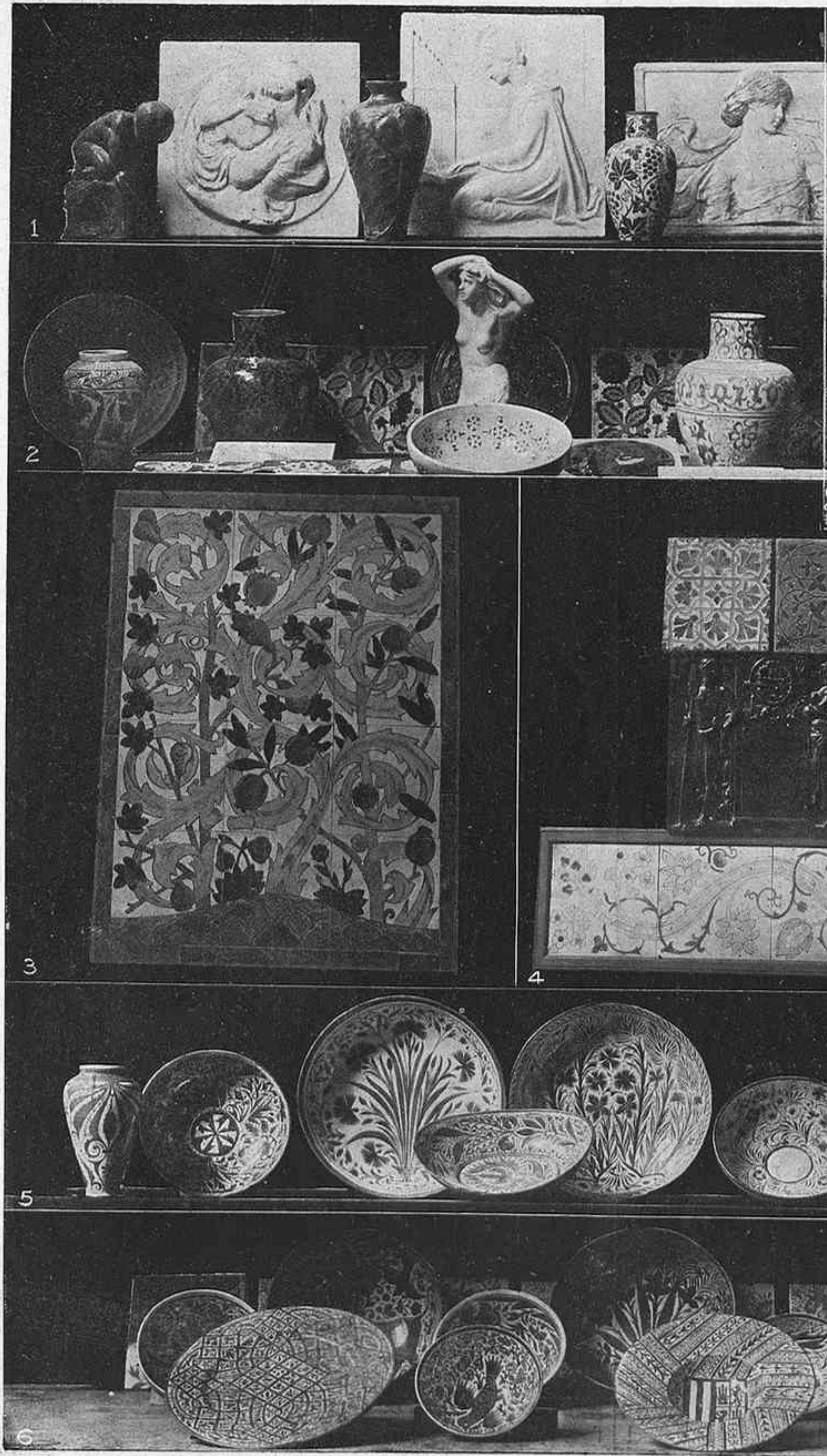
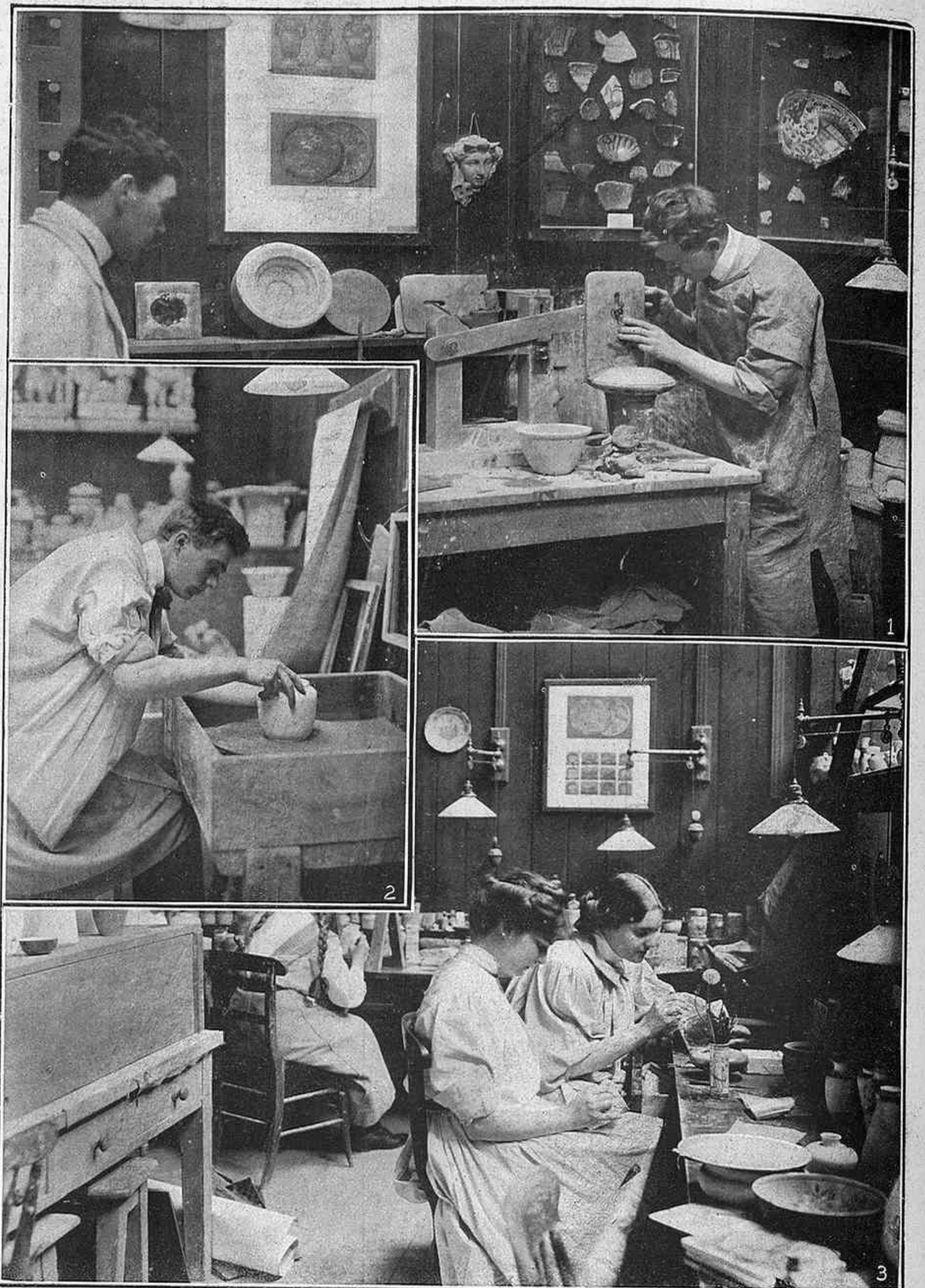
He hablado con los delegados de la Cámara británica de comercio que fueron hace poco á recorrer varias naciones del extranjero para ver cómo se hallan montadas las escuelas de artes y oficios, y todos me dicen que en muchos puntos están mejor subvenidas que en Inglaterra, pero que aquí se da á la enseñanza un sentido más práctico que en otras naciones.

Es una verdadera lástima, que demuestra nuestra indiferencia por la gente que se dedica á esta clase de industrias, que las revistas populares y baratas no se tomen el trabajo de describir, aunque fuera á la ligera, la escuela de alfarería del Real Colegio de Arte de Londres, por ejemplo, pues realmente es una pequeña fábrica. Los alumnos hacen todas las labores, hasta las más rudas, como son las de preparar el barro, á pesar de ser pequeños artistas, en el sentido más lato de la palabra. Es decir, que antes de tocar el barro han pasado cuatro años estudiando dibujo, pintura, modelado, arquitectura y otras varias cosas necesarias.

El barro que emplean en la fabricación de estas vasijas lo tienen que sobar y trabajar mucho con las manos para que desaparezca enteramente el aire que contiene, pues la menor burbuja que quedara dentro levantaría una ampolla en la pieza al cocerla en el horno. Pero antes de trabajarlo con las manos se apalea con una varilla de hierro, se parte la porción en dos pedazos que se ponen el uno encima del otro, se levantan en el aire y se tiran con fuerza sobre la piedra ó tablero donde se está trabajando. Este trabajo sirve además para desarrollar las fuerzas del muchacho.

En las fábricas, donde está establecida la división del trabajo, los hombres encargados de esta labor llegan á adquirir con el tiem-

po un gran desarrollo muscular y mucha corpulencia; pero á los estudiantes de estas escuelas no les gusta mucho esta parte práctica de la enseñanza.



Objetos fabricados por los alumnos del Real Colegio de Arte de Londres

Alumnos del Real Colegio de Arte de Londres en el trabajo  
1. Colocación de un borde en la plancha. — 2. Operación de redondear la vasija  
3. Pintura de las vasijas

Antes de llegar á la rueda ó al modelado para dar forma al barro, tiene que pasar el alumno por todas estas operaciones; tiene que aprender también á hacer los moldes, figuras sueltas y grupos de estatuillas, y la ingeniosa combinación de los moldes para reproducir éstas; tiene que aprender todas las clases de vidriado ó barnizado que se conocen, y del modo que se emplean en los objetos de su fabricación, á encender el horno y á arreglar la mufla.

En una palabra, cuando el estudiante sale de esta escuela industrial no tiene que ignorar nada de lo que pueda saber cualquier director de una fábrica de porcelana. Su enseñanza es puramente práctica desde el principio hasta el fin; y puede con sus conocimientos introducir nuevas formas y nuevo decorado y dar nuevo impulso á la fábrica donde entre á trabajar, porque su enseñanza es muy completa.

Por esto resulta que los equipos de estas escuelas sean mucho más costosos que los de las escuelas de tejidos ó cualquier otra escuela industrial, porque se necesitan hornos y otras muchas cosas que cuestan bastante dinero para poder hacer moldes y fabricar después los objetos de porcelana; á menos que no se quiera prescindir de ellos, y en ese caso la enseñanza ya no es completa.

Algo se ha hecho privadamente en este sentido, pero hoy existen ya más de veinte escuelas oficiales sólo en el distrito de la industria alfarera, de donde salen los mejores dibujantes que ocupan buenos puestos en las fábricas de porcelana, aunque hay que confesar que la iniciativa partió del Sr. E. R. Taylor y de otros que principiaron por establecer escuelas particulares.

Algunas de estas escuelas oficiales no están aún bien instaladas, pero lo estarán dentro de poco para que la enseñanza de los alumnos no sea deficiente. Hoy ya no hay secretos perdidos de la fabricación de la porcelana, como dice muy bien el Sr. Richard Lunn, maestro en la escuela de South Kensington; todo lo que sabían los

antiguos de esta industria se ha descubierto y se enseña hoy en las escuelas, con otras muchas cosas que ellos no sabían.

Sin embargo, hay que confesar que la fama que ha alcanzado este pequeño obrador de la escuela de South Kensington es debida en gran parte á la buena idea de sus profesores de instruir bien á sus alumnos en la parte artística. El profesor Lethaby, que es uno de los consejeros de arte del «County Council» de Londres, se expresa del siguiente modo:

«La ventaja especial que tiene el Real Colegio de Arte, como escuela de dibujo, consiste en estar asociado al gran Museo, que posee la colección más rica y hermosa de porcelana de la China y de vasijas artísticas de barro que hay en el mundo. Principiando con los pocos, pero escogidos, vasos griegos de los siglos VI y V antes de Jesucristo, posee ejemplares de cerámica artística de casi todas las escuelas importantes que han florecido. En este incomparable Museo es precisamente donde los alumnos pueden observar característicamente las hermosas formas, los colores y la fabricación de la porcelana.

»Pero esto no quiere decir que vayan á copiar lo antiguo; nada de eso; el minucioso examen de esta hermosa colección de vasijas de barro de todos los tiempos y de todos los países del mundo, les sirve admirablemente para inspirarse, para tomar ideas y preparar modelos nuevos con arreglo á los gustos del día; porque la instrucción que reciben en la escuela es más que suficiente para poder apreciar lo bello, lo mucho que hay de bueno en los objetos antiguos que tienen á la vista.

»Con este minucioso examen, el estudiante puede apreciar la gran diferencia que hay entre inventar formas nuevas, dibujando en un papel, y estudiar los objetos verdaderamente bellos que ya se han fabricado. Y lo mismo que decimos de las formas se puede decir de la decoración y del color, que se adquieren los dos observando y practicando mucho el arte.

»El estudiante aventajado que conoce todo esto, no presentará al fabricante de porcelana ningún modelo nuevo de su invención dibujado en el papel; le



Coquetería, estatua de Juan Schaffer

presentará el objeto fabricado por él, para que lo examine y reproduzca si le gusta.»

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

INFORME SOBRE EL FOMENTO DE LA INDUSTRIA BANCARIA, por D. Guillermo Graell. — La Societat d'Estudis econòmics, establecida en Barcelona, abrió hace poco una información pública sobre la necesidad de crear banca catalana. Muchos y muy notables fueron los trabajos durante la misma presentados, mereciendo entre ellos especial mención el informe de clausura redactado por el presidente honorario de la sociedad, el distinguido economista Sr. Graell, informe en el que se estudian, con excepcional competencia, los importantes problemas económicos en aquella información planteados. Un folleto de 32 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía de la Viuda de Casanovas.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. 1907. — Varias veces nos hemos ocupado de esta publicación, que puede considerarse como modelo en su género. El anuario correspondiente al año pasado, como todos los anteriores, contiene todos los datos, cuadros y noticias que puede desear el más exigente en materia de estadística, y que demuestran, así el crecimiento y la excelente administración de la capital de la República Argentina, como la inteligencia y actividad de la Dirección de Estadística municipal bonaerense, desempeñada por don Alberto B. Martínez.

ARBOLES FRUTALES, por Victor Miranda. — La casa editorial barcelonesa de Francisco Puig ha publicado la segunda edición de esta importante obra, que es un tratado completo del cultivo y explotación de los principales árboles frutales, como el albaricoquero, el almendro, el castaño, el cerezo, el ciruelo, el cocotero, el granado, el guindo, la higuera, el manzano, el melocotonero, el membrillero, la morera, el naranjo, el níspero, el nopal, la palmera, el peral y el plátano. Un tomo de 228 págs.; precio, tres pesetas.

LA VIDA ESPIRITUAL, por el R. P. Andrés M.º Meynard. — Esta obra responde admirablemente al concepto de la ciencia interior ó espiritual, se halla del todo conforme con el espíritu y los principios de Santo Tomás de Aquino, y en ella encontrarán las personas piadosas y singularmente los religiosos, las religiosas y el clero secular un manual incomparable de educación espiritual, y los maestros y directores un guía segurísimo en sus instrucciones y conferencias. Correctamente traducida por el R. P. Raimundo Castaño, *La vida espiritual* ha sido editada en Barcelona por los Herederos de Juan Gili, y se vende á cuatro pesetas en rústica y á cinco encuadernada.



JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA  
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD  
Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899  
POR  
D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno, para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

DATA DE 1849 París

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PREGOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES 2º St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de **BLANCARD**

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Óptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**ROB**  
BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>o</sup>, 102, R. Richelieu, París.  
Todas Farmacias.

AVISO Á  
LAS SEÑORAS

**EL ANIOL** DE LOS  
JORET-HOMOLLE

CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

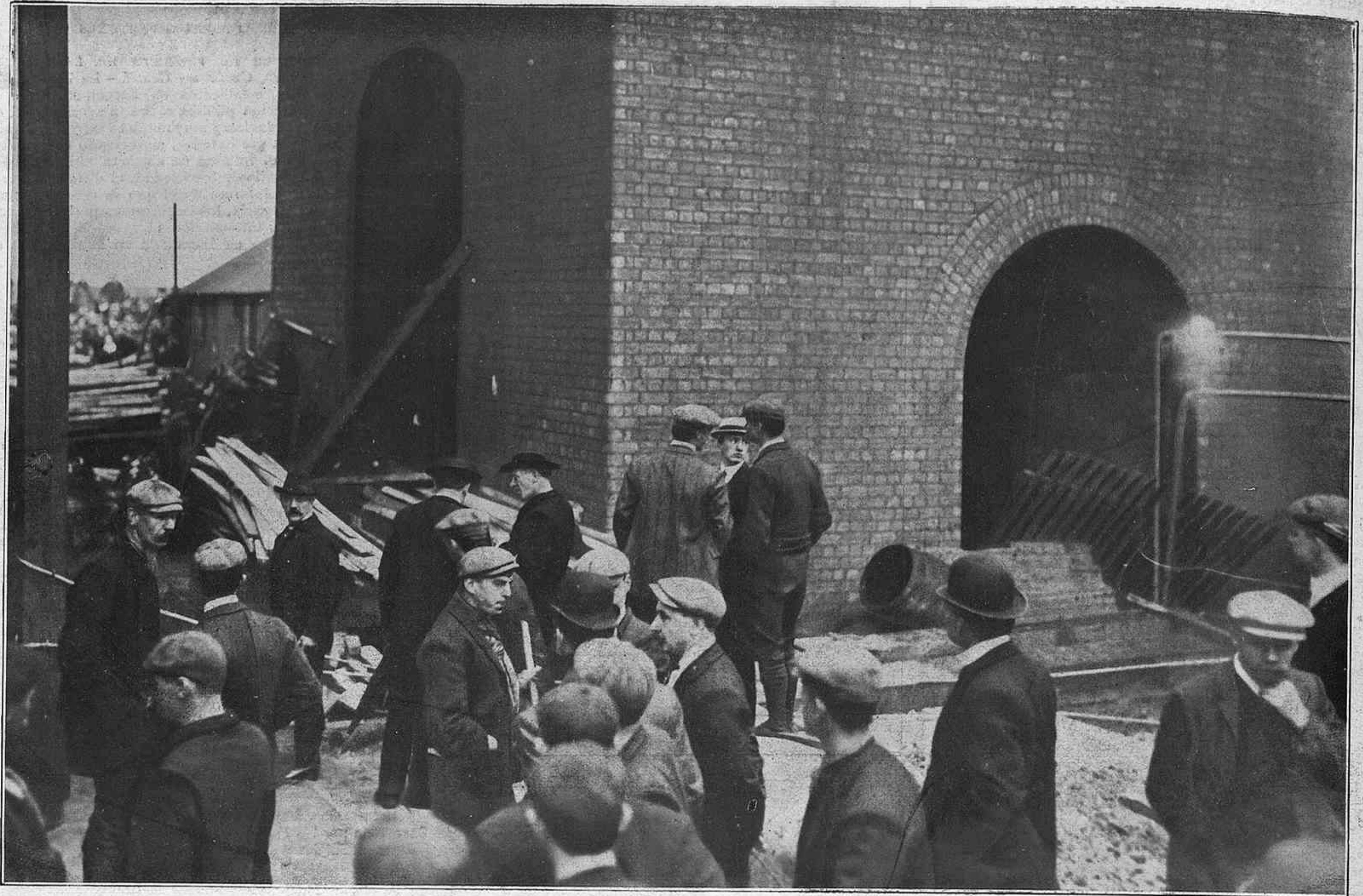
F<sup>o</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE  
Curadas por el Verdadero  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Primera Dentición  
**JARABE DELABARRE**

Facilita la salida de los dientes  
y previene todos los Accidentes de la Dentición.  
Exíjanse el Nombre de Delabarre  
y el Sello de la "Union des Fabricants".

FUMOUZE — PARIS



Wigan (Lancashire, Inglaterra). — Terrible explosión en una mina de carbón. Sitio en donde la explosión se produjo  
(De fotografía de «World's Graphic Press.»)

El día 18 de este mes prodújose una explosión terrible en la mina de carbón de Abraham, cerca de Wigan, en Lancashire (Inglaterra). Cuando ocurrió la catástrofe, hallábanse dentro de la mina ochenta hombres, de los cuales sólo cuatro pudieron salvarse. Organizados los trabajos de salvamento, extrajéronse al pronto veinte cadáveres,

pero á causa del humo y de los vapores deletéreos hubieron aquéllos de suspenderse; han quedado, por consiguiente, enterrados cincuenta y seis mineros, habiéndose perdido toda esperanza de sacarlos con vida del fondo de la mina. La explosión fué tan grande que las aberturas por donde habrían podido escapar los obreros se cegaron.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*



**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE**. **DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN